

ESTUDIOS HISTORICOS.



CARLOS EL MALO.

I.

Al anochecer del 25 de octubre del año de 1356, tres hombres salieron misteriosamente de una choza de pescadores, colocada en medio de las lagunas de Brunemont. Uno de los hombres, acercándose á un grupo de sauces poco distante de la cabaña, desató dos caballos andaluces que allí pacían tranquilamente, ocultos á la vista de los pasajeros detrás de enormes montones de cesped, y se los llevó á los otros dos que montaron prontamente. El espolista guió hacia un sendero que empezaba cerca de la cabaña, y los dos ginetes despues de haberse embozado y echado las caperuzas, le siguieron en silencio refrenando el paso de sus caballerías. Así caminaron algun tiempo por senderos estrechos, tortuosos y cubiertos de maleza, hasta que uno de los caballeros levantando la cabeza, que llevaba caída sobre el pecho, como hombre entregado á sus reflexiones, miró al guía de una manera indecible, gritándole de pronto:

—¡Hola! ¡perseguidor de anguilas, mirame!

El pescador se estremeció y volvió la cara.

—¿Has entendido bien?... Un buen *Cárlos* de oro si antes de una hora llegamos sanos y salvos al bosque de Oisy: diez raspaduras con este punzon si nos llevas á algun laberinto.

Al decir esto hizo brillar la hoja damasquina de una daga que llevaba bajo la capa: cosa que hizo estremecer

Marzo 25 de 1843.

al villano y no le dejó contestar. Los dos ginetes le siguieron hablando en lengua estrangera, y su aire sombrío y taciturno, la prisa que se daban á espolear sus corceles, el misterio con que hacian su caminata, el silencio de la noche y ademas el silvestre aspecto de los pantanos por donde iban, les daban un no sé qué de siniestro y satánico que hacia muy natural el terror de un alma supersticiosa como la del pescador de Brunemont. Ya atemorizado por las promesas que le hacian, apretó el paso; pero conforme crecia su miedo se aumentaba tambien la rapidez de su marcha, é inundado de sudor caminaba siempre sin atreverse á volver la cara, mientras que los caballeros creyendo aquella presteza hija de su celo, avivaban por su parte el paso de sus caballos, lo que no hacia mas que aumentar el espanto del pobre pescador.

La última claridad del día habia desaparecido; el toque de oraciones sonaba en todos los campanarios de las cercanías y húmedos vapores empezaban á levantarse de las lagunas, ocultando poco á poco á la vista las aldeas, los caseríos, las chozas de pescadores, las hornaguerras, las matas y juncos del camino. En lontananza algunas luces brillaban por aquí y acullá en las ventanas de las posesiones solitarias: en fin, la noche quedó pronto oscura y profunda.

—Por Santiago de Compostela, señor Rodriguez, dijo á su camarada el caballero que iba delante (porque la senda era ya estrecha para ir dos de frente) que ni veo ni oigo á ese gato montés que nos guiaba por entre los pantanos y que hace poco trotaba de lo lindo.

—¿Se nos habrá escapado, Hernando?

—No, Rodriguez, no: el ruñan no tiene resolucion para tanto. Habrá tomado la delantera.... si corre como una liebre seguida de perros!

—¡Ho! he! Ghislan, ó como te llamas, ¿á donde estás? Te has metido en ese estanque para remojarte?

—Piedad, señores, piedad! dijo el villano, que se habia rendido de fatiga al pié de los caballos. Acabo de ver la *luceilla* (1) allá bajo, allá bajo, á la derecha, hacia Forestel. Mirad.... allí está todavía: es un alma del purgatorio!.... Ay! señores míos: somos perdidos! No demos un paso mas, porque la lucecita no tardará en deslumbrarnos para precipitarnos con ella en las *simas*.

Al decir estas palabras, Ghislan se quitó temblando su casquete de piel de nutra y santiguándose empezó á rezar un *padre nuestro*. Los ginetes tiraron de la rienda á sus caballos y mirando fijamente á la derecha, vieron á lo lejos un resplandor rojizo y vacilante, parecido á los fuegos fatuos que se ven en las lagunas; sin embargo el efecto de aquella luz era extraordinario y mágico, porque se eclipsaba, brillaba súbitamente, se acercaba, se ocultaba de nuevo y luego aparecía mas lejos.

—Sea vision terrestre ó sobrenatural, interrumpió bruscamente don Hernando de Ayala, ser viviente ó anima en pena, nada debe, ni puede detenernos en este momento!

—No, ciertamente, replicó Rodriguez de Urrea, el tiempo es muy precioso para que nos estemos embobados mirando una luz que se pasea sola por los pantanos. Vamos, villano, levántate y avanza, porque si dentro de una hora no estamos fuera de estas tierras, puede que te abra algunos ojetes con mi daga en tu zamarra de cáñamo.

El aldeano se enderezó y quiso continuar la ruta; pero lo que habia visto y oído le habia aturrido de tal manera, que despues de haber andado á la aventura en la obscuridad, se encontró perdido. No atreviéndose á decirlo, andaba tan pronto á la derecha, tan pronto á la izquierda como si estuviera borracho, hasta que tuvo que pararse por fuerza..... habia metido los pies en el agua.

—¡Estamos perdidos, señores! dijo entonces con voz lastimera.

—¡Perdidos! exclamaron á la vez los dos caballeros.

—¡Ay! si! y sin embargo habia rezado á San Julian antes de salir de casa..... pero la luna no tardará en salir.

—La fortuna que tienes, miserable, es que todavía te necesitamos, dijo Hernando de Ayala, dando un puñetazo en la delantera de la silla, que sinó tu alma iria pronto á acompañar á la que anda rondando en estos parages.

—¡Por Dios! que no podemos dormir aqui, gritó Hernando empujando al caballero hacia delante.

—Esperad primero, esperad, si estamos rodeados de agua por todas partes!.... No hay que desesperarse, que todavía no se pierde tiempo: aun no es la hora de la cita, y aun cuando nos reuniéramos á los nuestros, seria preciso esperar. Las nuevas que Baudry traerá de Forestel y todavía no puede estar de vuelta. Esperemos si os place, que la luna venga á alumbrarnos.

—Esperemos, dijo Hernando, con el tono de un hombre que se dice: es preciso hacer de la necesidad virtud. Y despues de una breve pausa.—Con tal que ese zorro viejo de Tristan de Bois haya caído en el lazo!

—En cuanto á eso, señor mio, apostaria mi pescuezo.... y aun cuando no saliese de su madriguera, somos nosotros capaces de chouscarla; pero sacando primero la presa que hay escondida.

—¡Que la virgen os escuche, Rodriguez!

Cuando aqui llegaban les hizo callar un extraño ruido, que parecia una mezcla confusa de relinchos de caballos, voces de hombres y choque de armas: ruido que se hacia cada vez mas perceptible y que se venia acercando. Despues y súbitamente, se presentó como á un tiro de flecha una rojiza claridad, que era á no dudar la misma luz que antes habian visto girar por entre los pantanos. Ghislan cayó de bruces; pero los caballeros la miraron inmóviles y silenciosos, y cuando el resplandor dejó de herirles la vista, repararon en un ginete con una antorcha encendida, que cabalgaba con gran prisa por un lindero del bosque. Otros muchos caballeros fueron saliendo de lo mas intrincado y galopaban siguiendo sus huellas. Esta escena fué de corta duracion, porque el que alumbraba se metió por una cortadura del bosque, la tropa pasó entre las sombras y bien pronto desaparecieron todos.

—Es el mismo.... es Tristan de Bois, el carcelero de Forestel, dijo Rodriguez dando una carcajada. Confesad, primo, que la farsa está representada á pedir de boca. El viejo corre con sus mejores gentes de armas al castillo de Creve-cœur á encontrar á su delfin de Viennois. Ah! vive Dios! que el negocio va bien y que el rey nuestro amo, verá mañana el sol que tanto tiempo hace no alumbra para él.

—No lo verá, replicó con voz sombría el señor de Ayala, si Dios ó el diablo quieren tenernos presos en estos malditos pantanos.

Apenas acababa estas palabras, cuando la luna libre de las nubes que la ocultaban, apareció bella y resplandeciente por encima de los robles del bosque de Oisy.

II.

En el valle pantanoso que baña el Sensee, al sud-este de la ciudad de Arleux y al norte de la abadía de Verger se elevaba el Forestel, y uno de los mas sólidos é inaccesibles castillos feudales que poseian en la edad media las provincias de Flandes, de Artois, de Hainaut y de Cambrésis. Era en efecto una admirable posicion la de esta fortaleza, colocada como un nido de pato silvestre en medio de los inmensos pantanos que se estienden desde la abadía de Verger, hasta Ecourt-San-Quintin. Cuando desde las alturas inmediatas se dominaba con la vista la vasta superficie de los pantanos daba tristeza mirar aquella pesada mole de piedra que parecia salir de las aguas destacándose sobre un horizonte siempre gris y nebuloso. Al acercarse á Forestel no se veian mas que murallas de ladrillo enmohecidas por el tiempo, sin aquellos detalles de arquitectura gótica que hacian tan pintorescos los edificios de esta época. Ni torrecillas con balcones historiados, ni ventanas caladas, ni columnillas y tréboles, ni vidrieras de colores, ninguna en fin de aquellas encantadoras creaciones artísticas, robadas por nuestros antepasados á la imaginacion oriental. Una bóveda ogival abierta entre dos torres, daba paso al interior de Forestel, siendo antes preciso pasar por una larga calle de arena cortada por dos puentes levadizos, el primero sobre el Sensee á un tiro de ballesta de la entrada, y el segundo sobre un foso cuya agua rodeaba las murallas del castillo. El aspecto frío y severo del interior estaba en armonía con la parte esterna, y solo llamaba la atencion en el patio una alta torre cuadrada que en cada piso tenia ventanas ó mas bien barbacanas guardadas por enormes barras de hierro.

En octubre de 1556 ya hacia diez y ocho meses que el rey de Navarra Carlos el Malo, escapado sucesivamente de Chateau-Gaillard en los Andelys, y del gran Chatelet de Paris, habitaba á la fuerza en este edificio donde parecia debia terminar en la inaccion, ya que no en el descanso, una vida en otro tiempo tan agitada y

(1) Un fuego fatuo.

turbulenta. Ya se deja conocer cuan importante era el cargo de gobernador de una fortaleza hecha prision del principe mas intrigante y astuto de su siglo, como ya lo habia confirmado escapándose dos veces, cargo confiado ya hacia algunos años á Tristan de Bois, señor de Pienres, de una noble familia de Artois. La conducta de este valiente caballero en repetidas ocurrencias, le habia granjeado el afecto de Juan, duque entonces de Normandía, que no habia titubeado en concederle el gobierno de la ciudad de Arleux y castillo de Forestel, y aun le condecoró mas adelante con su orden de la estrella. Cuando se verificó la captura del rey de Navarra, se le confirmó aquel destino con estension de poderes, y ciertamente que no habia persona que le pudiese desempeñar con mas valor, fidelidad y cortesía.

El reloj de arena marcaba las seis, y el crepúsculo era aquella noche mas obscuro por una espesa niebla que cubria toda la naturaleza. Se habian puesto centinelas dobles, levantado los puentes levadizos y dada la contraseña con gran misterio. No se escuchaba dentro de Forestel mas que la voz de alerta, repetida de tiempo en tiempo por las centinelas, y por fuera y á lo lejos los graznidos de los ánades que jugueteaban en las lagunas. Todo estaba en calma en el castillo, mientras que su gobernador Tristan, satisfecho de haber cumplido sus deberes del dia, se habia ido á sentar en su cuarto, bajo la gran campana de la chimenea, y se calentaba alegremente á un buen fuego de césped, mientras que á su lado el capellan octogenario del castillo, el padre Matias, rezaba á media voz en su breviario. Nada en el mundo parecia capaz de turbar la quietud de alma y cuerpo de estos dos personajes, cuando se abrió la puerta del aposento donde estaban y presentándose un escudero, dijo á Tristan de Bois que volvió bruscamente la cabeza.

—Señor, un caballero que llega á todo escape del castillo de Creve-cœur, dice que trae un mensaje importante y pide hablar sin tardanza á vuestra señoría.

—Estas son otras noticias, padre mio, dijo Tristan, dirigiéndose al padre Matias. ¿Nuestro querido primo Adam Cardevaque, el digno castellano, necesitará de nuestros servicios?

—No, mi señor, no es él, dijo el escudero con aire consternado, sino algun baron todavía mas poderoso.

—¿Mas poderoso! repitieron á la vez el gobernador y el capellan.

—Sí, en verdad, mis señores, porque el alabardero de guardia, ha visto por el postigo y á favor de su linterna, que el correo en el medio de su jubon trae tres flores de lis de oro en campo azul.

—Que entre al instante, dijo Tristan, y se le conduzca aqui en seguida.

A pocos momentos se oyeron bajar los puentes levadizos, las puertas rechinaron sobre sus goznes y un caballero que entraba en el patio al trote largo. El gobernador habia tomado en su silla una actitud digna de sus funciones, y cuando entró el mensajero le hizo seña que se acercase, despidiendo con un gesto al escudero que le habia guiado. El padre Matias se disponia tambien á salir; pero él le dijo:

—Quedaos, padre mio, que vuestra presencia, no creo sea un estorbo para la explicacion del mensaje.... ¿Qué nuevas traéis, buen amigo?

—No debo dar cuenta de ellas, contestó el mensajero, mas que á mi señor Tristan de Bois, gobernador por mi señor y amo de la ciudad de Arleux y castillo de Forestel.

—A él mismo es á quien habláis; replicó Tristan.

Entonces el heraldo sacó de una bolsita un rollo de pergamino atado con cinta de seda, de cuyo lazo pendia un sello de cera verde, y presentándosele el gobernador le dijo:

—Señor Tristan de Bois, tomad ese mensaje que mi amo y señor os envia.

—El viejo capitan tomó la carta y se la dió al capellan; único que podia leerla. El heraldo se retiró á los pies de la sala, y el padre Matias despues de bajar algunos grados la lámpara que colgaba de una especie de flares fijos en la bóveda, desató el pergamino y acercándose á la luz, leyó lo siguiente al gobernador que le escuchaba con mucha atencion.

«Carlos, hijo primogénito del rey, duque de Normandía, delfin de Viennois, señor de Arleux, de Creve-cœur, Rumilly, San-Souplet y otros lugares, á nuestro amado y leal Tristan de Bois, gobernador de nuestra villa de Arleux y castillo de Forestel, salud: Mi amado, os hacemos saber, que así que hayais recibido las presentes, vengaís á encontrarnos en compañía de cincuenta de vuestros mejores ballesteros á nuestra ciudad de Creve-cœur en Cambresis, adonde hemos llegado en este dia y donde tenemos urgente necesidad de los servicios de vuestras buenas y leales gentes de armas. Entre tanto dejad orden de que vuestro prisionero, esté bien y seguramente retenido. No siendo esta carta para otra cosa, pedimos á Dios que os tenga en su guarda.»

—¡Por San Cristóbal, que esto es maravilloso! exclamó Tristan estupefacto, con lo que acababa de oír. Mas ocurriéndosele que sin testigos podria conversar mejor con el padre Matias, acerca de suceso tan imprevisto, dió un par de silbidos con un silbato de plata y al instante se presentó un escudero.

—Alojad como se merece á ese doncel, dijo señalando al heraldo del delfin. Servidle á la cena uno de esos tiernos pavos reales sazonados con pimienta que me ha enviado esta mañana mi compadre el mayor de Arleux, con un jarro de nuestra mejor cerbeza. Tompoco olvideis dar buen pienso á su caballo, para que esté tan listo como el gineté al acompañarnos al punto en nuestra expedicion.

—Mi señor, dijo al instante el correo, yo os doy las gracias; pero tengo orden de volverme en el acto y á toda prisa, á el lado de mi amo y señor, que todavia esta noche necesitará de mis servicios. Si os place, me despidiré de vos sin mas tardanza.

—Partid, partid al instante, buen amigo, puesto que hay esa circunstancia. Anunciad á nuestro real y amado soberano, que sin perder un minuto voy á ponerme á sus órdenes. Siguiéndoos vamos, y dentro de tres horas á lo mas llegamos al castillo de Creve-cœur.

Partió el heraldo y Tristan de Bois y el padre Matias á quienes ni siquiera habia ocurrido pedirle algunas explicaciones, embargados por la sorpresa se quedaron haciendo conjeturas sobre la aparicion del delfin en Cambresis y sobre la necesidad que parecia tener de tan pronto refuerzo. Hallaron al fin razones para ello que los sucesos de la época hacian mas ó menos plausibles, y un momento despues ya se sentia gran rumor en Forestel. Oficiales y soldados se ponian á toda prisa sus vestidos de guerra: se ajustaban las cotas de malla, se calzaban las celadas y yelmos, se preparaban las ballestas, las alabardas, las espadas de dos manos. Los caballos ya ensillados pafaban en el patio. El venerable capellan de pié derecho en un umbral de la puerta principal, contemplaba estos preparativos con su mirada grave y austera. Tristan antes de poner el pié en el estrivo se acercó para decirle:

—Adios, padre mio, acordaos de mí en vuestras oraciones y continuad haciendo mas llevadero con vuestras palabras el cautiverio de ese desgraciado principe.... Adios, espero que pronto nos volveremos á ver.

Una lágrima cayó sobre la blanca barba del capellan á quien agitaban vagos presentimientos, abrazó á su antiguo amigo el caballero, que partió sin demora á la cabeza de su gente de armas como la noche estaba obscura

comisionaron á un soldado para que alumbrase el camino con una tea encendida, y se dirigieron á Creve-cœur, costeando las tierras de la abadía de Verger. Media hora después de haber salido de Forestel, desprovisto de sus defensores, Tristan de Bois y su tropa pasaban á cien pasos de Hernando de Ayala y de Rodríguez de Urrea á quienes dejamos estraviados en los pantanos de Brunemont.

III

—Mi capitán, la noche está muy fría; ¿no podremos quemar los haces de leña que se ven allí?

—¡No hagáis tal, canalla! y si teneis frío soplad en las puntas de los dedos. Después levantando la voz, el señor Jehan de Pecquigny prosiguió:

—¡Hola! vasallos y toda la gente de armas reunida en esta selva, que á nadie se le ocurra encender hogueras, que no hace falta á fé mia alarmar á ese viejo alcon de Guillermo de Coucy que duerme tranquilamente en su feudo de Oisy, lo mismo que los archeros de Forestel, con los cuales bien pronto tendremos que habérnoslas.

Hubo algunos murmullos entre la tropa.

—¿Por que no partimos al instante? decía un robusto alabardero flamenco: ya hace dos horas que estamos tiritando en este basque con los brazos cruzados.

—Y rabiando de hambre y sed, decía otro.

—Por San Ricquier, dijo un sargento, que si no nos llevais al instante á Forestel, mis camaradas y yo iremos á atacar la abadía de Verger para encontrar cena.

—Por Dios, amigos, no os hagáis los descontentos, dijo Pecquigny, disimulando su cólera. ¿No sabeis, mis valientes compañeros, que no podemos separarnos de aquí hasta que lleguen los dos caballeros que tan bien nos pagan? Tal vez se habrán estraviado en su escursión por las cercanías de Forestel; pero no pueden tardar en llegar. Paciencia, paciencia, amigos míos, que no tendremos frío, no tendremos hambre y no tendremos sed, cuando dentro de poco ese castillo que se ve desde aquí á la claridad de la luna, arda como un puñado de estopa, cuando nuestras escarcelas estén llenas de buenos escudos de oro y plata, nuestras alforjas atestadas de jamones, nuestros odres llenos de hipocrás y de vino, y mas todavía.... ¿no pensais ya en las recompensas prometidas por Felipe de Navarra por la libertad del rey su hermano?... Por mi vida, amigos, que si todo esto no os agrada, sois difíciles de contentar!

Este discurso hizo impresion.

—Os seguiremos hasta la muerte, señor caballero, exclamaron muchas voces: Looor al señor Jehan de Pecquigny y viva el rey de Navarra!

Así hablaban los soldados que se habian reunido de noche en medio de la selva de Oisy, que en su vasta estension comprendia la villa y castillo de Oisy, puestos sobre una colina y se estendia por el lado del Norte hasta los pantanos que hemos citado, presentando en su contorno dos fragosidades profundas: de manera que esta selva mirada á vista de pájaro debía ofrecer la figura de una hoja de castaño. No habia en las provincias del Norte un país donde los accidentes del terreno estuviesen mas multiplicados, que en esta parte del Cambresis, y por tanto no era cosa apetitosa en la edad media atravesar estos parages por senderos que se cruzaban de mil maneras; para perderse en medio de los bosques é ir á parar en pantanos cenagosos difíciles de cruzar. Pero lo mas terrible en aquellos parages era encontrarse con los monteros y guarda-bosques de Guillermo de Coucy, gentes poco tratables y que no tenían escrúpulo en desjarretar á los pasajeros á manera de caza, seguros como estaban de quedar impunes. Causará admiración que por tan peligrosos parages penetrarse sin obstáculos una turba de hombres armados á lo interior del bosque de Oisy; pero cuanto mas fra-

goso es un país, mas fácil es recorrerle sin ser visto, sobre todo cuando hay destreza y audacia como la tenían los soldados de que se trata. Con la ayuda de fieles guías, habian caminado silenciosamente en pequeñas partidas y por diversos senderos, teniendo cuidado de apoderarse de las gentes que encontraban al paso y colgarlas sin escepcion de las ramas de los árboles en los sitios mas espesos. Un escampado á la estremidad septentrional del bosque en lo alto de la colina que desciende en anfilitro hasta las lagunas de Arleux, era el sitio de la cita, escogido por aquella turba de truanes determinados. Juntos como unos doscientos en aquel lugar, se disponian á ejecutar una cosa de que pendia la desgracia y la ruina de la Francia. Tendidos sobre la yerba, preparaban sus armas y esperaban con impaciencia la hora de la partida, echando pestes de los santos y los diablos. En aquel momento la luna desde el cielo esparcia su confusa claridad sobre esta escena. Desde la altura en que pasaba se distinguia por encima de los árboles el Forestel, tranquilo como si no encerrase á Carlos el Malo, y á lo lejos las agudas flechas de los compañeros de Arleux, Paluel y Brunemont.

Pocos minutos después que el señor Jehan de Pecquigny, habia manifestado sus temores acerca de la suerte de los dos caballeros navarros, se oyó un relincho de caballo, y Ayala y Urrea precedidos de su guía no tardaron en salir por un sendero al escampado. Su llegada era la señal de la partida, y por lo mismo fueron recibidos con aclamacion.

—Por Dios, mis nobles señores, dijo el conde de Pecquigny, alargándoles la mano, que os creia perdidos!

—Poco ha faltado, señor conde, dijo Rodríguez de Urrea, y por poco escapamos de esos malditos pantanos, para caer en poder de Tristan de Bois, cabalgando hacia Creve-cœur con buena y lucida escolta á fé mia. Gracias sean dadas á ese buen muchacho Baudry que ha representado su papel de heraldo con tanta destreza. El llevará su recompensa; pero ahora es menester darse prisa. Que diez archeros de buen temple, nos acompañen al señor de Ayala y á mí que acabamos de explorar las cercanías de Forestel. Tomaremos la delantera é iremos á retorcér el pescuezo á las centinelas avanzadas, antes que tengan tiempo para decir esta boca es mia. Vos nos seguiréis, señor de Pecquigny, y espero que el asalto no durará mucho.

—Así sea, buen señor, replicó Jehan de Pecquigny.

Poco tiempo después los partidarios del rey de Navarra, con ojos inflamados y las armas en la mano, se dirigian á Forestel, por los tortuosos senderos del bosque.

IV.

Carlos de Navarra no era un mal príncipe en la acepción que entonces se daba á esta palabra. Este epíteto de *Malo* con que se ha mancillado su memoria se le impusieron los franceses á causa de las revueltas que fomentó en su país, y si se examinan sus acciones será forzoso confesar que no fueron tan malas para merecerle este odioso dictado. De todas las acusaciones dirigidas contra este rey, solo la de ambicion es fundada, porque esta pasion le precipitó en estravíos de los cuales el menos perdonable es la rebelion abierta contra el rey Juan su suegro. Carlos podia aspirar á la corona de Francia, siendo el inmediato heredero de Juan, después del delphin Carlos su hijo, y habia hecho los esfuerzos posibles, para aumentar su dominio é influencia en el reino. Dueño ya de parte de la Normandia, su casamiento con la princesa Juana de Francia le habia hecho poseedor de dos ciudades importantes, Nantes y Melun, situadas en el centro del reino, dadas en dote á su muger; pero Carlos poco satisfecho habia reclamado para su muger

los condados de Champaña y de Brie, y aun había dirigido sus miras usurpadoras al ducado de Borgoña. La negativa no había hecho mas que irritar su carácter irascible, y deseando obtener por fuerza lo que no le daban de buen grado, había sabido con su elocuencia y prodigalidad conmovier al inquieto y turbulento populacho de París. Semejante estado de cosas cuando los ingleses eran dueños de una parte de Francia, la ponían cerca de su pérdida, por lo que el rey Juan comprendiendo al fin el peligro de su posición, y movido por las enérgicas representaciones de sus consejeros, resolvió apoderarse del rey Carlos. Por dos veces le prendieron y dos veces logró escaparse del Chatelet y de Château-Gaillard; mas hecho al fin prisionero en Rouen, en una fiesta pública adonde se le había atraído con estratagemas, no se encontraba castillo bastante fuerte y remoto para encerrar al rey de Navarra. Al fin fué designado el Forestel en Cambresis y á él se le condujo con buena escolta y gran secreto.

Carlos al entrar en Forestel casi había perdido las esperanzas de volver á salir de él. No ignoraba que habrían disimulado cuidadosamente el sitio de su prision, cosa fácil de hacer en una época en que los medios de comunicación eran tan escasos y difíciles. En los primeros meses de su cautiverio, el rey de Navarra había procurado seducir al gobernador á cuya guardia estaba concurado, valiéndose de cuantos artificios puede sugerir el fiado, mas ardiente deseo de libertad; pero Tristan había correspondido redoblando su vigilancia, sin olvidar por eso las consideraciones debidas á la magestad que respetaba en la persona de Carlos. Este príncipe orgulloso para reiterar sus instancias, y demasiado sagaz para conocer que le importaba fingir resignación, había abandonado su destino á los caprichos de la fortuna, tan frecuentes en un tiempo en que las borrascas políticas se sucedían con rapidez.

Cuando se alejó Tristan de Bois y su tropa, y el castillo de Forestel volvió á quedar silencioso, el reverendo padre Matías con linterna en mano, se dirigió atravesando una larga hilera de aposentos, de los que solo él y el gobernador temían llave, hasta una puerta que había al final de una galería abovedada. Abrió esta puerta, la volvió á cerrar dando tres vueltas á la llave, y subió con trabajo los estrechos y desgastados escalones de una escalera en espiral que conducía á el aposento del rey de Navarra. El alabardero puesto de centinela á la entrada dió un golpe con el aldabon, y al instante un viejo escudero, único servidor que habían dejado al príncipe vino á abrir al capellan.

—Padre mio, dijo á media voz el escudero, el rey mi señor está muy pensativo esta noche, y si vos no le consolais lo pasará muy mal.

—Ahora lo veremos, contestó el buen sacerdote, que conocía todo el ascendiente que en diez y ocho meses había sabido lograr sobre el real cautivo, y entró.

La confusion, el desorden en que se encontraba el aposento del monarca, anunciaban la turbulencia de su espíritu naturalmente vivo é inquieto, y agitado aquel día mas que de costumbre. Sobre la paja fresca de que estaban cubiertas las baldosas, yacían revueltos manuscritos ricamente iluminados, la mayor parte de novelas de caballería ó de romances antiguos; instrumentos de música de todas clases, violas, bandolines, bandurrias, cornamusas, en los que el príncipe, poeta y músico distinguido de su tiempo, tocaba algunas veces, ó con los que se acompañaba salmodiando sus canciones y las de los antiguos poetas provenzales. Había además piezas de armadura por encima de las mesas, vestidos de seda y terciopelo, tapicerías sin acabar, y todo confusamente mezclado y sirviendo de pasatiempo á losalcones del príncipe, que á picotazos desgarraban y destrozaban todo, sin que él diera señales de notarlo. Envuelto en una especie

de túnica de terciopelo negro, forrada de pieles, y sentado con abandono en un sitio de la época, acariciaba distraído á un soberbio galgo blanco, tendido entre sus piernas. Una lámpara colgada de la campana de la chimenea, alumbraba la pieza dirigiendo su luz oblicuamente sobre el pálido rostro del príncipe. Sus ojos brillaban por espesas cejas, nada habían perdido de aquel hervor, que en otro tiempo había fascinado á tantas doncellitas de la corte de Felipe de Valois, donde había pasado su juventud; pero sus facciones se habían contraído, y además su negra y poblada barba, creciendo lo mismo que su cabello, sin orden ni arreglo, aumentaba la originalidad de su fisonomía, cuya movilidad escesiva, variaba al infinito su expresión.

Cuando el padre Matías estuvo cerca de él, levantó la vista y le alargó una mano descarnada, diciéndole con voz grave:

—Seáis bien venido, padre mio; en todo el día os he visto y esta ausencia me parecía demasiada. Necesito conversar con vos, y pueden vuestras palabras ejercer sobre mí mas imperio que la música y la poesía, manantiales de consuelo, otras veces para mí, y á las que en vano he pedido hoy el olvido de mis infortunios!

—Sin cesar, mi señor, pido á nuestro divino Salvador os conceda la gracia de llevar con paciencia, las penas y amargura de nuestra pobre vida. Ya parece que había escuchado mi ruego y vos os conformabais con loable resignación á los decretos de la Providencia.... de qué proviene el abatimiento en que vuestra señoría me parece ahora sumergido?

—No lo sé, padre mio y me sería difícil explicarlo.... Sin embargo, no os habreis equivocado acerca de mis sentimientos? Eso que teneis por resignación, tal vez no lo sería....! Oh! no, y os lo confesaré: sola la esperanza había vuelto la calma á mi espíritu y la fuerza á mi alma. Mas he abierto los ojos, todo el encanto ha cesado, y me hallo frente á frente con la realidad, con la espantosa realidad.... Morir entre los muros de este castillo y por orden del padre de mi esposa, yo, Carlos de Navarra.... Ah! horrible es solo pensarlo.

—Calmaos, señor, por favor calmaos. Tened confianza en la justicia del cielo, y si como me habeis dicho muchas veces, á vuestra conciencia no remuerden las faltas que os imputan, todavía podreis pasar días felices sobre la tierra, que el rey mi señor es demasiado bueno para no perdonaros...

—¡Sangre y muerte! interrumpió colérico el rey de Navarra. Renigo de su perdón. Vuestro buen rey Juan, como le llamais, es para siempre mi enemigo mortal... Las justas y enérgicas reclamaciones que exigía el honor de mi corona, han asustado á ese débil monarca, mas digno de llevar una rueca que un cetro, y no atreviéndose á atacarme cara á cara, me ha cogido en el lazo como á una zorra vil. Oh! yo si que tendria que perdonarle... pero no, odio eterno al rey Juan: ojalá pueda él experimentar como yo, los horrores de un cautiverio sin fin! Odio eterno á él y á toda su raza: odio á muerte á ese pueblo francés al que da miedo mi energía y que á añadido á mi nombre un sangriento epíteto! Carlos de Navarra dejará su carne y sus huesos entre los muros de Forestel: pero hasta su último suspiro será para ellos *Carlos el Malo*!

Al pronunciar estas últimas palabras, su mirada de fuego y sus facciones que se alteraban, le daban un aspecto tan temible, que el anciano sin atreverse á replicar, no hizo mas que taparse la cara con las manos, para dejar correr algunas lágrimas de compasión. Asi se pasaron algunos minutos en silencio. El rey de Navarra se había levantado y caminaba dando grandes pasos por la estancia, hasta que parándose y mirando al padre Matías, le dijo con voz tranquila:

—Hago mal, padre mio, hago mal en arrebatarme de

esta manera y contristar vuestra alma generosa, manifestando de cuan poco me sirven vuestras piadosas exhortaciones. Por otra parte la cólera y orgullosas palabras sientan mal á un rey á quien la fortuna se complace en pisotear, y mas desgraciado que nunca lo fueron sus antiguos súbditos, á un príncipe arrancado á su familia, privado de su libertad, despojado de la corona, olvidado, vendido tal vez por los que se decían sus amigos, ultrajado, calumniado por todos, y al que no queda en fin mas consuelo que el de pasar en prisiones una espantosa agonía. Perdon mi venerable amigo, si he olvidado ahora las atenciones que debo al único hombre que me puede hacer llevaderas las amarguras de la vida. Los padecimientos que atormentan mi alma, estravian á veces mi razon, y entonces el miserable cautivo, habla todavía como monarca poderoso.

Al decir estas palabras, Cárlos dejó caer la cabeza sobre el pecho,

—Por amor de Dios y de los santos, mi señor, no os abandonéis á tan lúgubres pensamientos.

—¿Y por qué no, padre mío? prosiguió Cárlos. Oh! no me hago ilusion. Nunca saldré de esta prision.... en ella moriré. Al menos que esta muerte no se haga esperar mucho. De hoy en adelante, la muerte será el continuo objeto de mis reflexiones, puesto que ella sola puede poner fin á mis males.

A medida que se prolongaba esta lúgubre conversacion, la noche avanzaba tambien, y la luz de la lámpara comenzaba á debilitarse, confundiéndose poco á poco con la claridad de la luna, que entraba en la pieza por una estrecha ventana, desde la que se descubria toda la campiña. El rey de Navarra cuya exaltada imaginacion cambiaba bruscamente de objeto, se llevó al padre Matias hácia la ventana para decirle:

—Ved que hermosa está la noche, que sereno el cielo, todo reposa en la naturaleza y ningún ruido turba el solemne silencio de la noche. ¡Qué felicidad para mí, si pudiera vagar por esos campos, respirando con libertad el aire puro!.... Pero no, este es un beneficio de que todos gozan menos el rey de Navarra. Mirad ahí abajo sobre la plataforma de esa torre, ese valiente centinela: pues bien, por su existencia cambiaria de buena gana mis recuerdos de rey y mis esperanzas de prisionero. Feliz soldado! los dias de tu juventud no han sido como los míos de oro y de seda: como yo, no te has puesto una corona, pero hoy eres libre.... Con tu ballesta al hombro te paseas alegre y sin cuidados, entonando un romance popular: nada puede turbar tu felicidad.... Y yo!....

Acababa estas palabras, cuando un grito penetrante

lanzado por aquel mismo centinela le hizo estremecer asi como al padre Matias. Miraron espantados y el centinela les pareció herido de muerte. Estendió los brazos, dió un traspies, y como se hallaba entonces apoyado en el bajo parapeto que circundaba la estremidad superior de la torre, le arrastró hácia detras el peso de su cuerpo, y cayó á plomo en el foso. El ruido de esta caída fué acompañado por mil clamores de la parte de afuera, y poco despues resonaron en todo el castillo los fuertes sacudimientos que daban á la puerta principal. La puerta no tardó en ceder á tan redoblados golpes, y una turba de hombres armados de pies á cabeza se precipitó en el patio, gritando: Viva el rey de Navarra...! Mueran los enemigos del rey! Empezó entonces una horrible y sangrienta lucha á la claridad de la luna entre los partidarios y los pocos soldados que habian quedado en Forestel.

Carlos de Navarra y el padre de Matias, estaban mudos de espanto. En fin, Cárlos dirigiendo la palabra con sangre fria al religioso, dijo:

—Me parece, padre mío: que hacia mal en desesperar.. Mi corona se juega ahora en el patio de Forestel. Veamos el fin de la partida. Y se apoyó convulsivamente en el marco de la ventana.

—La partida no es igual, prosiguió con la misma calma aparente al padre Matias, porque á la hora de esta Tristan de Bois se halla con sus mejores soldados lejos de Forestel.

—¡Ah! vive Dios! exclamó el rey de Navarra incorporándose, ya estoy salvo!

—Todavía no, replicó una voz que salia del fondo de la sala, y al instante un archero francés apunta al rey y parte la flecha... El príncipe se bajó á tiempo; pero el padre Matias que estaba detrás de él cayó herido de muerte. Furioso entonces Cárlos se apodera de un macizo banquillo de encina y lanzándose sobre el soldado le derriba á sus pies á tiempo que una turba ensangrentada se precipita por la puerta que han violentado con estrépito. El rey ciego de cólera, hiere á los primeros que se le presentan, hasta que reconoce á sus partidarios dirigidos por Hernando de Ayala y Rodriguez de Urrea, que se le llevan en triunfo dando gritos de alegría.

Salía ya el sol por encima de los tejados de paja de la villa de Arleux, cuando Tristan de Bois, advertido en Creve-cœur de que era víctima de una astucia infernal, llegó con los suyos delante de las ruinas de Forestel incendiado. En cuanto al rey de Navarra, ya estaba en territorio de Picardía, donde la traicion de Pecquigny le aseguraba un asilo.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA CONQUISTA DE CORDOBA.

I.

Densas y negras nubes encapotaban el cielo, el viento zumbaba sordamente en los edificios y hacia estremecer los altos minarets de las mezquitas de Córdoba. Todo anunciaba á esta poblacion una horrible tempestad en una pavorosa noche del año de 1232. La luz del relámpago venia por entre las rasgadas nubes á iluminar las desiertas calles y las plazas solitarias, mientras

que se oían á lo lejos los formidables ecos del trueno. Reinaba el mas profundo silencio en la opulenta ciudad, porque siendo la hora del reposo entre los musulmaes, las puertas estaban cerradas, y por maravilla se percibía el resplandor de alguna que otra luz, por entre las arabescas labores de los agimeces de algun edificio. En uno al parecer suntuoso, todavía se hallaba despierta una jóven musulmana, tan hermosa como las fantásticas huris del paraíso y tan graciosa como las verdaderas andaluzas de la tierra. Había despedido á sus esclavas para entregarse al descanso; pero sobrecogida por el estruendo de la tempestad y de la lluvia que empezaba á caer á torrentes, permaneció suspensa y entregada á

sus reflexiones. Su imaginación la recordaba en aquel instante á su padre y á otros de sus amigos, que obligados por el deber permanecían aquella noche en vela sobre las murallas de Córdoba, ya amenazada por un ejército cristiano. En extremo sensible, no podía menos de comparar la suerte de sus compatriotas á quienes tocaba en aquella hora sufrir el rigor de la intemperie, con la suya, á la que debía el verse abrigada en un suntuoso aposento, perfumado por esencias orientales, con la techumbre esmaltada de vivos colores, guarnecidas las paredes con tapicerías de caprichosos dibujos y cubierto el pavimento con alfombras y cogines recamados. Ocupada en estas ideas se disponía á empezar la acostumbrada plegaria de la noche, cuando sintió desprenderse y caer al suelo con estrépito la celosía de una ventana que comunicaba con el jardín. Al instante sintió el viento frío que penetraba con violencia en la habitación y hacia vacilar la llama de una lámpara colgada de la bóveda. Zora, pues este era el nombre de la doncella, acudió presurosa á cerrar la ventana; pero cual fué su asombro viendo salir por entre la cortina que la cubría un hombre que se adelantaba al medio de la estancia: un hombre de elevada estatura, pálido, azorado, respirando con dificultad, cubierto de andrajos, casi descalzo y chorreando agua por todo su cuerpo. Zora retrocede y queda inmóvil signiendo á aquel hombre con la vista. Aterrada con tal aparición, quiso gritar; mas no pudo, y concluyó por caer desmayada en los mismos brazos del desconocido que se precipitó al instante á sostenerla.

Cuando volvió en sí, se halló cuidadosamente recostada sobre su lecho de púrpura, y con el hombre aparecido, que á una distancia respetuosa la contemplaba absorto, cruzados ambos brazos sobre el pecho. Semejante conducta la tranquilizó algún tanto, é incorporándose iba á dirigirle la palabra á tiempo que el desconocido, hincando prontamente una rodilla en tierra sin moverse de su sitio, la dijo con el tono mas patético.—Perdon, señora. Piedad de un infeliz cautivo cuya muerte es cierta si vos no le socorréis.

Después, notando el susto é inquietud de Zora, continuó:

—No temais, muger celestial, soy incapaz de haceros daño alguno: perdería mi vida antes que ofenderos. Soy un cristiano caballero á quien vuestros compatriotas han hecho prisionero en un encuentro fatal. Tiempo hace que he sufrido los horrores de dura prisión; pero unos padecimientos, de que vos que sois tan feliz no podeis tener idea, me han precisado á buscar la muerte ó la libertad. Arrostrando muchos peligros y favorecido por esta terrible noche he logrado fugarme del sitio donde me tenían, que no debe ser muy distante de aquí. He andado errante por los plántos del jardín, hasta reconocer este edificio por el de aquella cuya bondad ya se ha divulgado entre los cautivos de mi nación, y en fin esa luz me ha guiado para arrojarle á vuestros pies como ante mi ángel de salvación.

Temeridades mayores que esta eran muy frecuentes entre los cautivos cristianos de aquella época, para que á Zora causase admiración, así como el tono de sinceridad con que hablaba el desconocido no dejaba duda acerca de la verdad de sus palabras, si ya no la confirman por otra parte, la dificultad con que se espresaba en árabe y los restos del traje español que aun le cubrían. Zora se había atrevido á reconocer á el hombre que tenía á sus pies, y á pesar del estado deplorables que se hallaba, sus facciones varoniles, pero agradables, su lenguaje y modales que revelaban una persona de distinción, le hacían en extremo interesante. No se escaparon tan recomendables circunstancias á la perspicacia de la joven, que ya no temió estar sola con él: indicóle que se levantara y le dijo con voz que manifestaba compasión:

—En vano procuras, cristiano, evitar la muerte que te amenaza. Solo yo en este aposento, ni puedo ocultarte, ni darte salida sin que seas descubierto. Vuélvete por donde has venido y Alá te guarde: mi padre ó mis gentes podrán venir y entonces eres perdido sin remedio.

—No por Dios, interesante jóven, vos sola lo podeis hacer todo fácilmente.

—¿Yo?... ¡sola!

—Sí: dadme el traje del menor de vuestros esclavos..... Dadme si podeis una espada. Saltaré el jardín y llegaré á la calle por los mismos parages que he recorrido hasta aquí, y á favor del disfraz me confundiré con el pueblo y podré salir cuando al amanecer abran las puertas de la ciudad.

Zora se encontraba allí sola y sin defensa y aquel hombre podía abusar de su posición; sin embargo, no fué el temor quien la inclinó á favorecerle. No quiso desmentir con su conducta, la tolerancia escensiva y la acreditada hospitalidad de los árabes, sintiendo además en favor del extranjero la mas viva compasión. Llamó á un esclavo de toda confianza, y que siempre á sus inmediatas órdenes dormía no lejos de su habitación, y le habló al oído algunas palabras, mientras que él no dejaba de mirar al cristiano con ojos espantados. Sin duda la comisión que le dió era muy peligrosa ó muy extraordinaria, porque el esclavo á pesar de su maquiaval costumbre de obedecer ciegamente iba á replicar; pero Zora se había puesto un dedo sobre la boca, con cuya seña le indicaba á un tiempo la obediencia y el sigilo.

El esclavo se llevó al desconocido á un aposento, donde puso á su disposición un completo traje oriental, sino magnífico, al menos superior al que podía esperar en tan apuradas circunstancias. Ayudado de aquel fiel servidor, se vistió rápidamente, reparó el desorden de su barba y cabello, y cobró mayor ánimo. Entonces volvió á presentarse delante de Zora á la que sorprendió tanto como la primera vez, aunque mas agradablemente. No podía ella persuadirse de que el hombre á quien tan miserable había visto, pudiera transformarse en un momento en el guerrero que entonces veía. El traje musulmán le estaba perfectamente, y los numerosos y anchos pliegues del pantalón se desprendían con elegancia desde el ajustado talle. Jamás había visto la jóven una figura mas noble y mas gallarda, aun entre los mismos caudillos de su tribu que pasaban por los menos feroces y mas elegantes del Islamismo. No era menor la sensación que experimentaba el cristiano, contemplando á Zora tan llena de atractivos: se miraban con interés y como poseídos de admiración en cortos momentos de un elocuente silencio, y sin duda entonces fué cuando un sentimiento mas fuerte que la piedad y la gratitud se deslizó en sus corazones. El esclavo traía un sable sencillo, sin guarnición de turquesas, ni empuñadura esmaltada; pero con una relumbrante hoja de las templadas en Damasco, la que el esclavo dejó ver, desenvainándola un poco al descuido. Zora tomó el sable, y adivinando el disfrazado el destino de aquella arma, hincó al punto una rodilla en tierra, para que la jóven pudiese acomodar sobre su hombro la banda de que pendía. Antes de levantarse ya completamente equipado, se apoderó de una mano de su agraciada libertadora, estrechándola contra su pecho, mientras juraba una eterna gratitud.

Ya entonces la tempestad había pasado enteramente sucediéndola una calma deliciosa. Alguna que otra estrella aparecía en la bóveda celeste, donde tambien se ostentaba la luna, cuando se lo permitían las fugitivas nubes que cruzaban delante de ella. Los flores del jardín agitadas por el temporal, esparcían una fragancia que embalsamaba el ambiente, y la lluvia depositada en los

árboles se desprendía suavemente cuando el viento mecía las hojas. Preciso era partir y antes que viniese el día, por lo que el cristiano, ya junto á la ventana por donde iba á saltar, dijo á su bienhechora estas últimas palabras:

—Mi nombre es Alonso Tellez de Meneses: soy un caballero del ejército de don Fernando, en el que algunos centenares de hombres obedecen á mi voz. ¡Me ausento, señora; pero llevo vuestra imagen en mi corazón y vuestra espada pendiente á mi lado.... nada tengo que temer. El Dios de los cristianos vele sobre vos y premie vuestra caridad. Algun día nos volveremos á ver y entonces (me atrevo á pronosticar) no os pesará de haberme favorecido en esta ocasión.

Partió, y Zora apoyada en la ventana, tuvo fija la vista en el jardín, hasta que el blanco alquicel de su protegido, se perdió entre las sombras de la noche.

II.

Córdoba era entonces en España la ciudad predilecta de los árabes, la corte y residencia de sus opulentos califas y el imperio de toda la ciencia musulmana. Situada en unas fértiles campiñas regadas por el caudaloso Guadalquivir, que baña también sus muros, debía á estas ventajas naturales y al esmero con que la habían embellecido los califas su maravilloso esplendor. Contaba sobre doscientos mil edificios y entre ellos los baños, alcázares, mezquitas y demas fundaciones de Abderramen III llamado *el magnánimo*. La suntuosa mezquita principal llamada de la Zeca, era el objeto de la peregrinación y de veneración mas rendida de parte de los musulmanes españoles, que se atrevían á compararla con la otra soberbia mezquita de la Meca, donde estaban los restos de su profeta y que ocupaba el primer lugar entre todas las mezquitas del Islamismo. Los árabes de Córdoba eran memorables por su saber: aquella era una ciudad privilegiada, donde abundaban hombres buscados y apreciados en todas partes por su celebridad, y ninguna otra entre los árabes de España puede gloriarse de haber producido tantos hombres eminentes. De ellos, y de sus escuelas provienen muchas obras de ingenio, y muchos descubrimientos que hoy admiramos. A estas escuelas y academias donde florecían las ciencias, particularmente las naturales, acudía toda la juventud ansiosa de instruirse, así como los extranjeros y peregrinos concurrían de todos puntos á admirar las bellezas del arte. Tantas grandezas habían hecho de Córdoba una ciudad de primer orden, donde se habían acumulado riquísimos tesoros y donde se puede asegurar estaba entonces reunido lo mejor de los árabes en España.

Con tan poderosos alicientes, no es de maravillar el conato que ponían en apoderarse de ella las fuerzas de la España cristiana, acaudilladas por don Fernando III de Castilla, á quien hoy llamamos *el Santo* por sus gloriosas virtudes. La caída de Córdoba no solo debía ejercer grande influjo en la península, sino tener eco en todo el mundo; y el rey conociendo, que tal vez sería aquella la mas esclarecida de sus bélicas empresas, había reunido para la conquista á la nobleza del reino, á los valientes maestros y caballeros de las órdenes militares, y tropas aguerridas en cuyas filas formaban jóvenes animosos de todas las provincias de España. Con tal poderío se presentó don Fernando delante de Córdoba, después de haber tomado las plazas de Baeza, Priego, Martos, Andújar, y sobre todo Ubeda, baluarte de los infieles ya ahuyentados de todas las plazas fronterizas. Creía el joven monarca, que había de costar mucho tiempo y mucha sangre apoderarse de aquel casi último refugio de los árabes: que ademas de fortísimas murallas, tenía para defenderlas una numerosa y decidida guarnición; por haberse ido replegando á Córdoba conforme llegaba el ejército cristiano, las tropas musulmanas que había

por las campiñas. Sin embargo, la providencia que constantemente había favorecido las empresas del santo rey, destinaba la preciosa joya de aquella ciudad para el mejor adorno de su corona, haciéndole dueño de la plaza por un medio inesperado. Empezaba ya á arder en el seno del pueblo árabe la tea funesta de la discordia, que convirtiéndose andando los tiempos en hoguera había de abrasar todo el imperio. Las disensiones civiles á que el pueblo era tan propenso, y que eran siempre indicio seguro de los progresos de los príncipes cristianos, precipitaron también la ruina de Córdoba, porque hubo algunos habitantes descontentos, que pasando al campamento de don Fernando, le ofrecieron secretamente hacerle dueño de la ciudad. Pudiera esta oferta ser alguna disimulada traición, por lo que el rey no se determinó á aceptarla, hasta que hubo perdido las sospechas de toda perfidia, y estuvo seguro de que aquellos árabes conducirían de noche y con sigilo á un destacamento de sus tropas, hasta ponerle al pié de las murallas, en sitio de fácil acceso y poco resguardado. Elegida pues la noche que por su obscuridad favorecía mejor los intentos y la marcha de los sitiadores, salieron estos, pocos en número; pero bien armados y prevenidos para todo trance. Llevaban por guías á los árabes, que con los gefes de la expedición, eran los únicos que sabían adonde esta se encaminaba; mas ya que estuvieron á buena distancia del campamento, se mandó hacer alto y don Fernando Nuñez de Temez que era el caudillo de aquellos valientes, les dijo: «Compañeros, vamos á fijar el estandarte de la cruz en las almenas de Córdoba. La Providencia vá á poner por medio de nosotros esa infiel ciudad en manos de nuestro rey: que cada uno procure ser el primero á poner el pié en lo alto de las murallas. Valor y silencio »

Era por cierto cosa digna de verse aquella multitud de hombres, palpitantes de emoción, moviéndose silenciosamente en la obscuridad y hasta disminuyendo el ruido de sus pasos. Animados de su heroico designio llegaron felizmente á las mismas puertas de Córdoba por la parte de Ajarquia, sin que al parecer hubiesen sido descubiertos de la muralla.

Como iban provistos de escalas para subir á ella, lo ejecutaron intrépidamente los mas arrestados, y entre todos el primero, Nuñez de Temez, que animaba á los suyos con el ejemplo y las palabras. Las sorprendidas centinelas enemigas que por allí encontraron, fueron pasadas á cuchillo ó precipitadas por encima de las almenas, adelantándose rápidamente los cristianos, hasta llegar á una de las puertas de la plaza. Resuena entonces el acostumbrado grito de guerra ¡Santiago! ¡cierra España! lanzado por mil pechos varoniles, y los árabes que defendían aquella entrada, no pudiendo sostener tan imprevisto como vigoroso ataque, la dejan en poder de los soldados de Fernando.

Ya entonces se había esparcido el alarma por la ciudad, los instrumentos bélicos sonaban, las armas relucían, y los habitantes corrían despavoridos por todas partes: hasta los imanes, desde lo alto de las mezquitas, llamaban al pueblo á las armas dando gritos descompasados. Una asombrosa multitud de árabes acude sobre los cristianos; pero estos procuran atrincherarse, ocultar su escaso número á los enemigos y mantenerse firmes á toda costa mientras llega el nuevo día.

Saben que entonces les vendrá socorro del campamento de su rey, y ya ven iluminado por los primeros albores el pendon de Castilla que acaban de fijar en aquellas murallas.

III.

Un grito universal de alegría resonó en el campamento de don Fernando, cuando se tuvo noticia del fausto

suceso de Córdoba. Todos los soldados querían volar al socorro de sus compañeros, manifestando á gritos el deseo que tenían de verificarlo; pero á todos se adelantó un caballero llamado D. Alfonso Tellez de Meneses, persona de mucha cuenta en el ejército y deudo lejano del rey. Así que la triunfante expedición no fué un misterio, se presentó á pedirle la venia para ser el primero que acudiese á Córdoba, y el monarca que ademas de estar seguro de la lealtad y valor de aquel caballero, sabia le eran familiares las avenidas y entradas de la plaza por haber estado algun tiempo cautivo en ella, vino en concederlo muy gustoso. Mandóle que se adelantase con quinientas lanzas, mientras él seguía detrás con todo el ejército en buen orden de batalla.

Partió D. Alfonso á toda brida dirigiéndose á la puerta tomada por sus compatriotas, por la que entró al instante seguido de sus valientes, á lidiar en las mismas calles de Córdoba. Vanos fueron sin embargo sus ardientes deseos de penetrar á lo interior, y apesar de su arrojo hubo de ceder por el momento. Los enemigos viendo tomada la puerta, habian formado en las mismas calles y á poca distancia de ella, un atrincheramiento que protegido por los edificios de los costados, presentaba un obstáculo formidable que era forzoso superar á fuerza de sangre. Ante esta imponente barrera se paralizó el im-

petuoso ataque de la caballería, viendo don Alfonso caer á muchos de los suyos, traspasados con el diluvio de flechas que cruzaban los aires ó magullados con los enormes maderos y gruesas piedras que arrojaban de lo alto de los edificios, espuesto como estuvo á los proyectiles enemigos hasta que llegó el grueso del ejército. Cuando esto sucedió, el primer cuidado de don Fernando fué hacer que se retirasen los soldados que habian combatido desde por la noche y tan heroicamente habian sostenido su puesto; pero su esforzado caudillo Fernando Nuñez de Temez, llamado desde aquel día *Fernandez de Córdoba* y progenitor de un linage esclarecido en España, no abandonó la lid á pesar de la sangre que corría de su herida, contestando resueltamente al rey estas memorables palabras:—«Señor, morir ó vencer.»

Repartidas las tropas que entraron de refuerzo, se pudieron atacar varios puntos á la vez, con lo que el combate se hizo general y tan obstinado, que mas parecia degüello en el que cada uno ansiaba satisfacer su vengativa saña. Los árabes reducidos al último estremo se defendieron como desesperados, y cuando los cristianos tomaron su atrincheramiento principal, no hallaron en él mas que muertos, heridos y arroyos de sangre. Ya entonces Tellez de Meneses se dirigia rápido como un relámpago donde le llamaba imperiosamente su gra-



titud, abriéndose camino espedito, acuchillando sin piedad á los fugitivos pelotones de enemigos que se cruzaban al paso. Cuando don Alfonso llegó á la casa de su antigua libertadora, la encontró ya invadida: otros soldados habian llegado primero, y derribando las puertas y ventanas se habian lanzado dentro del edificio, para vengar la resistencia que desde él acababan de hacerles. La llama destructora brillaba en lo interior, de donde sa-

lian gritos lastimeros y tambien algunos soldados llevándose objetos de valor. Don Alfonso salta del caballo y sin mirar si los suyos le seguan ó no, penetra dentro de la casa, corre, llega á lo alto de la escalera y se adelanta á las piezas interiores. No se ofrecian á su vista mas que esclavos tendidos sin vida sobre el pavimento: uno de ellos parece que se mueve. Acude ligero, se inclina hacia él, le incorpora y le reconoce.

—«Habla, le dice, ¿dónde está tu señora?.... Vengo á libertarla.»

El esclavo entrecabriendo los ojos, miró atentamente á don Alfonso y sin poder articular una sola palabra, señaló con el dedo hácia una galería y volviendo á cerrar los ojos, se dejó caer mortal sobre la tierra; mas el impaciente caballero que juzgaba llegar tarde á el socorro de la que se había hecho señora de sus pensamientos, seguía ya en la direccion señalada por el esclavo, hasta encontrar lo que buscaba en el final de la galería. Ofreciósele de improviso un anciano musulman, que á pesar de estar herido, aun sostenia en su débil brazo un venablo con el que hacia ademán de defender á una jóven estrechada con él. Era el padre de Zora á quien su actitud, su animacion y hasta su magnifico vestido hacian formar un interesante grupo con su hija, cuya hermosura no era disminuida en lo mas mínimo por la palidez que cubria sus mejillas. Cuando ella vió adelantarse aquel guerrero á quien todos cedian el paso, se aumentó su temor é hincó una rodilla en tierra asida á su padre y clamando trémula: ¡Piedad! ¡Piedad!

¡Cuál fué la compasion de don Alfonso, al ver en tal actitud á la tierna é interesante muger que reinaba en su corazon!

—No temais, contesta, yo libertaré vuestras vidas: dichoso si pudiera así corresponder á lo que os debo. El cielo os envia en mí un salvador.

Al decir estas palabras, levantó con una mano la visera de su casco, mientras que con la otra presentaba á Zora un sable que ella reconoció bien pronto, así como la voz y la persona que la producía. Don Alfonso continuó:

—Anciano respetable, toda resistencia es inútil, la muerte y el espanto vuelan por todas partes y cierta es la ruina de los árabes vencidos en sus últimos atrincheramientos; pero seguid mis pasos y os conduciré salvos, donde abjureis los errores de vuestra creencia y vivais felices bajo mi proteccion y la de don Fernando III de Castilla que ya es el vencedor de Córdoba.

—¡Solo Dios es vencedor! contesta el padre de Zora. ¡Yo apostatar del profeta y deber la vida al enemigo jurado de mi patria!.... jamás: venga primero la muerte.

Ya se acercaba esta en efecto: los gritos de los gefes y la tumultuosa voz de los soldados se percibian mas de cerca entre los clamores de las victimas: ya resonaban dentro del mismo edificio. Una turba desenfadada inunda la galería, y los ricos vestidos y adornos de los musulmanes no hacen mas que incitar su avaricia y ansias de pillage. Don Alfonso atento al peligro de su amada, enlaza el brazo izquierdo á su cintura y blandiendo el sable sobre su cabeza, grita con voz aterradora:

—Alto, ¡compañeros! ninguno tenga la osadía de atentar á la vida de dos seres débiles que están bajo mi proteccion.—Los soldados se detienen respetando la voz y el ademán del caudillo, que volviéndose á Zora la dice enérgicamente:—Ven á ser mi esposa, ven á ser cristiana, ven á pasar una vida tranquila y feliz á el lado de tu amante!

Por un lado la muerte horrorosa y por el otro un atractivo indecible: allí una soldadesca dispuesta á profanar tanta belleza y aquí un amante protector. ¡Oh! no es dudosa la eleccion en tal alternativa. La jóven no tiene fuerza para resistir, teme perder una existencia creada para el placer y la felicidad y se abandona á su amante. No le contesta una palabra; pero asida á su brazo y medio reclinada en su hombro, revela bien cuál es su voluntad. Don Alfonso que comprende este movimiento, se apresura á sacarla de aquel sitio fatal.

Zora al seguir á su protector, habia asido suavemente á su padre de la ropa como para traérsele consigo; pero el anciano se desprendió de ella con un movimiento de cólera y despecho. Ya desfallecido, ve que su hija le abandona y va á renegar de su religion y entonces ciego de furor da algunos pasos fuera de sí para clavar con pulso vacilante su venablo en la espalda del que le arrebató su hija gritando al mismo tiempo:

—¡Zora! ¡Zora! Yo te mald..... No pudo concluir la imprecacion. Un soldado cristiano que observó el peligro de su gefe, acudió presto y derribando al árabe de un revés de su espada, puso sangriento término á su vida antes que consiguiese su venganza.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

FANTASIAS LITERARIAS.

A LA CATEDRAL DE SEVILLA.

I.

De la fé y del entusiasmo
Soberana produccion,
De tanta generacion
Asombro, respeto y pasmo,
Y del mundo admiracion:

Grande y magnífico templo
Digno del Omnipotente
Que en ti mora eternamente:
Cuando absorto te contemplo,
¡Cuán alto vuela mi mente!

Si, desde el espacio inmenso

Vé tu torre y botareles,
Y de Dios á los doseles,
Entre el humo del incienso,
Subir la voz de los fieles.

Ni la vista audaz que emplea
El águila frente á frente
Con el sol, cuando campea
Allá en el zenit desea;
Ni su volar eminente.

Pues que de ti enamorada
Mas rauda vuela, mas vé:
Por las dos potencias que
Te formaron animada,
El entusiasmo y la fé.

Si, que en fé santa y entusiasmo ardieron
Los no contaminados corazones
De aquellos piadosísimos varones,
Que «*levantemos al Señor*» dijeron,

*«Un templo tal, que la futura gente
Por locos nos repule,
Cuando en él reverente
Busque consuelos y oblacion tribute.»*

A tales palabras luego
Ardió una generacion,
A quien diera el cielo en don
Un entusiasmo de fuego,
Una fé de exaltacion.

Y un pobre albañil, obscura
Y ya olvidada criatura,
Que ni midió el Capitolio
Ni estudió á la Grecia, solio
De la docta arquitectura;

De fé y entusiasmo ardiendo,
Vió en sueños tu mole santa:
Y acaso tambien durmiendo,
Su mano un ángel rigiendo,
Trazó tu gigante planta.

Y un pueblo todo
Arde, se agita,
Y la mezquita
Despareció.

Pero la torre
Quedó empinada,
Por que manchada
Nunca se vió.

No, que en su cumbre el árabe Almuedano
«Solo hay un Dios» gritaba;
Y donde la verdad se proclamaba
Era triunfal padron para el cristiano.

II.

Sobre la casa hundida de la luna
Plantóse el templo del Señor triunfante,
Como sobre un sepulcro alegre cuna,
Como una santa cruz sobre un turbante.

Un siglo entero de entusiasmo y vida,
Vida de fé, se afana,
Y la insigne basilica cristiana
Nace y alzase erguida,
Hasta escuchar sus bóvedas *hosana*.

Que aquel siglo de arrojo y energia
Solo, con sus esfuerzos seculares
Pudo alzar en los hombros los sillares,
Que oscurecen al sol de medio dia.

Otro siglo en pos vino
Aun de entusiasmo y fé, y aventajado
En poder, en cultura y en riqueza,
A dar cima al portentoso peregrino
Al Dios Omnipotente consagrado:
Monumento de triunfo y de grandeza,
Padron de eternidad para Sevilla,
Admiracion del mundo y maravilla.

Ese templo es una historia
De piedra, que nos dejaron
Dos siglos que ya pasaron,
Pero que viven en el.

Pues en él se vé y medita
De su entusiasmo y fé santa,
Y de su poder que espanta
El vivo trasunto fiel.

III.

Dos centurias allí... Despues vinieron
Otras de corrupcion, que ya gigantes
De entusiasmo y de fé no produjeron.
Indignas de memoria,
Aunque ricas, triunfantes,
Y sabias, no pudieron
Otra página dar á aquella historia.

Obras monumentales
Son huellas de los siglos colosales,

Seres aislados nada pueden, nada:
De arbustos que verdean
Raros aquí y allí, por la abrasada
Region inmensa del desierto mudo,
Y con el viento quemador pelean,
Jamás formarse un bosque eterno pudo.

El entusiasmo y fé cuando no abrasan
A todo un siglo, á una nacion entera,
Meteoros son que brillan y que pasan
Sin el rastro dejar de su carrera.

¿Ardieron en aislados corazones?...
Mas... ¿qué es un corazon?... Insigne Cano,
Inspirado Murillo,
Cuya paleta el brillo
Venció de la paleta de Ticiano,
Montañes y Becerra:
De entusiasmo y de fé fuisteis varones,
Pero solos aislados en la tierra.
¡Ay! tan solo os fué dado
A la historia de piedra una espresiva
Guirnalda de laurel y siempre viva
Poner, y en sus sillares estampado
Vuestro nombre dejar, como el viajero
Lo deja en las piramides grabado.

IV.

Mole santa, templo augusto,
Del Omnipotente gloria,
De insignes siglos historia,
Obra de entusiasmo y fé.

¿Quién es el necio, el impío
Que te mira indiferente,
Que sin pasmo reverente
Osa en ti estampar el pie?

Quién cuando en pompa de solemne dia,
Dira un pueblo postrado
Delante de tu altar de oro, velado
Con blanca nube que hasta el cielo envia
El sacro aroma de quemado incienso;
Y de tu espacio inmenso
Los ámbitos llenar oye turbado,
Tempestades de altísima armonia,
Con que al pausado coro
El órgano sonoro

Y las campanas que en los aires zumban
Responden, y tus bóvedas retumban;
Y por encanto superior parece
Que habla tu inmensa mole y se estremece,
¿Quién desconoce estar en la presencia
De la sabia eternal omnipotencia?
¿Quién no va allí á pedir con fé, victoria
Y para España libertad y gloria?

Pues cuando del ocase en los canceles
El moribundo sol entre celages
Refleja en tus pintados ventanages,
Y aun dora tus gallardos botareles,
Y de soslayo tu morisca torre;
¿Qué mortal si recorre
Tus solitarias naves,
No se halla de pavor sobrecogido;
Y al escuchar de las campanas graves
El pausado quejido
Y clamorosos sonos,
Con que al mundo adormido
Recuerdan las nocturnas oraciones,
Delante del altar que apenas brilla
A la luz amarilla
De misteriosa lámpara, la frente
No hunde en la tierra helada,
Llora, y teme y espera y se anonada?

V.

En tí de noche y día
Si osa entrar el impio

Se siente de horror frío
El duro pecho helar.

Y que un manto de plomo
Le abrumba y le confunde,
Y que en tierra se hunde
Sin poder respirar.

Y en tí de noche y día
El que por la fé vive
Nuevo aliento recibe,
Ensancha el corazón.

Bendice si es dichoso,
Si es desdichado llora,
Y le es consoladora
La voz de la oración.

Insigne catedral donde Dios vive
Eternamente, donde el cuerpo santo
Del Rey conquistador culto recibe,
Dó yace el sabio Rey, dó brilla tanto
Trofeo de victoria,
Encanto, iglesia, monumento, historia:
¡Mientras mas te contemplo y mas te admiro
Mas entusiasmo y pura fé respiro!...
Salve portento santo y sin segundo,
Gloria de España, adoración del mundo.

A de Saavedra,

DUQUE DE RIVAS.



ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



LA EDUCACION DE UN NIÑO.

- ¡Juanita!
- ¡Jesus, D. Anselmo (1), qué ganas tenía de ver á V!
- Pues yo ignoraba que estuviese V. en este pueblo, que á haber tenido la menor noticia, ya hubiera pasado á ponerme á los pies de V. en su casa.
- ¡Vaya y qué cumplido está V! Aunque hubiera V. olvidado enteramente nuestras antiguas relaciones.... yo siempre la misma.
- Mucho me alegro, porque la igualdad y la consecuencia son prendas para mí muy recomendables. ¿Y sigue V. solterita?
- No señor; hace siete años que me he casado.
- Hija lo siento; sin embargo tendré un placer en saber que sea V. tan feliz como merece, y yo supongo.
- No estoy descontenta, pero bien sabe V. que pude serlo mas. Picaruelo, no lo siente V.... Si V. lo hubiera sentido entonces.... en fin, yo no soy de las que ponen un puñal al pecho á nadie.
- No consiste en eso, hija; sino que las circunstancias de entonces....

(1) Aquí habia otro nombre, que el autor ha creído oportuno sustituir.

- Ya; para Vds. nunca son buenas las circunstancias.
- ¿Y tiene V. familia?
- Tengo tres niños; el último le estoy criando; ¿ha de ir V. á verlos, si?
- Con la mayor voluntad; por gusto y por deber.
- Si, vaya V. que le divertirán las gracias y habilidades de mi Miguelito: Miguelito es el mayor; tiene cinco años y medio, ¡pero es lo mas travieso....!
- Supongo que serán dignos de tan buena madre y que la educacion corresponderá á su talento de V., pero V. no extrañará que yo vaya á cualquier hora, porque mis ocupaciones me dejan muy poco tiempo libre.
- Vaya, ¡qué cosas tiene V! ¡Aunque nos conociésemos de hoy! Pero si V. pudiera ir por la mañana, era mejor hora para mí. Mi marido es empleado, ¿no me pregunta V. por él? todos los dias sale tan tarde de la oficina....!
- Justamente iba á preguntar á V. en este momento por su esposo. Pero yase vé; V. tan viva como siempre... Desde luego doy por supuesto que será sugeto de talento y amabilidad; en una palabra, digno de V.; por que V. no habrá elegido lo peor, vamos.
- No señor, no elegí; él fué el que me eligió. ¡Pero ha salido tan bonazo!
- ¿Su nombre?
- Juan como yo.

—¿Y el apellido?

—Todos le conocen por los dos apellidos juntos, *Calma y Sufret*.

—¡Oh! pues con un *Juan Calma y Sufret* no dudo que será V. felicísima.

—¿Con que irá V. á ver los niños, si?

—Doy á V. palabra de hacerlo en el primer rato disponible que tenga.

—Pues á Dios, D. Anselmo. Con que, cuidado con la palabra.

—Pierda V. cuidado, Juanita, que no acostumbro á faltar á ellas.

Y tomando las señas de la casa, nos despedimos hasta otro día.

Esto fué en un pueblo.... pero ¿qué importa el pueblo en que fuese? En cualquier pueblo puede suceder esto. A los pocos días y á hora oportuna me personé en casa de mi antigua conocida, que me recibió bajo el techo doméstico con las mismas ó mayores muestras de satisfacción y jovialidad que me había manifestado á campo raso.

—¿Y los niños? le pregunté.

—Los niños por ahí andan trasteando: el pequeño está durmiendo. Juan en su oficina.

—Si, en este momento iba á preguntar por él, pero V. se me adelanta como siempre.... ¡esa viveza tan singular....!

—Lo que es Juan no viene hasta las cuatro de la tarde.

—No, si preguntaba ahora por Miguelito: ¿no me dijo V. que se llamaba Miguelito el niño mayor?

—Ah, si; pero el caso es que como no esperaba que me favoreciese V. hoy, todavía están sin vestir.

—Señora, de cualquier modo; lo que quiero yo es disfrutar de su amabilidad y de sus gracias, y admirar en ellas el talento y virtudes de su buena mamá.

Salió mi amiga á buscar á su Miguelito, y presentándose este, caballero en el baston de su papá, haciendo de cabeza la contera y de herradura el puño de marfil que acababa de ser descascarado al galopar por los ladrillos rotos del corredor, que era su picadero. El niño era como una perla; pero como una perla acabada de extraer de las escavaciones de un monumento derruido en los meses del calor; tal venía decal, polvo y ladrillo. Para descubrirle la tez de la cara, era menester ir quitando capas de polvo como quien quita las tunicas viscosas que cubren el ojo del besugo, que al cabo nunca se consigue verle claro. El polvillo del vestido con que no estaba vestido, se soltó fácilmente á favor de unas friegas contra mi pantalon blanco de llin; pero al intentar Juanita limpiarle el del rostro con el pañuelo de la mano, opuso el bello Miguelito una resistencia tenaz y encantadora. La pugna entre el proyecto de la mamá y la oposición sistemática del niño fué tomando el carácter de una cuestión séria, vivamente sostenida por ambas partes; hasta que Juanita en uso de las prerrogativas de la maternidad, y apelando al poder ejecutivo, trató de conseguir por la fuerza lo que no había podido lograr por los medios de la persuasión. Esto irritó la susceptibilidad esquisita del niño en términos que se tiró al suelo, no sin arrojar antes con brio infantil su amada cabalgadura al balcon inmediato, cuyos cristales hubiera roto, si hubiera dejado de otras veces alguno que romper. Mientras el baston volaba á la calle, el niño nadaba en los ladrillos como una tierna ranita, con la diferencia de que estas nadan cantando, y aquel nadaba llorando.

—¿No le dije á V. que era muy travieso? me decía Juanita. Qué; si no se puede con esta criatura: crea V. que no me deja títtere con cabeza. ¿Después, V. no vé cómo se me pone en un instante? Así es que se me quita la gana de vestirle; al momento se me ensucia.

—Señora, la decía yo, encantado de la amabilidad de

la criatura: eso es muy natural en los niños; ¿qué quiere V. de su edad?

Instábale su madre á que se levantara, alternando entre el acento suplicatorio y el imperativo, pero el niño á cada proposición contestaba con una rabieta negativa, ó con una patadita de repulsa que encantaba. Acordéme entonces que llevaba unos dulces en el bolsillo, y desde luego resolví emplear este expediente para dulcificar aquellas amarguras. «Miguelito, toma un caramelo, le dije.» A la voz de caramelo se templó la recia de aquella tempestad, á que contribuyó por su parte Juanita diciéndole: «levántate, hijo mio, que te vá á dar dulces este caballero.»

Levantóse en efecto el amable Miguelito; la vista del caramelo fué el iris de su llanto, al cual siguió un *alcance á última hora* de suspiros, pero sin que dejasen de fluir lágrimas por sus tiernas mejillas á la manera que después de un aguacero, serenada ya la atmósfera, quedan fluyendo por un rato los aleros de un tejado. Juanita le dijo que se limpiara y me dio un beso; el niño ya mas plentero, se dió una brochada de primera mano á la cara con la estremidad de la falda de su blusita, y significó querer aplicar sus labios á mi rostro, que yo bajé hasta ponerle en contacto con el suyo, por pura consideración á la madre, autora del mimo. ¡Ay qué beso señores! Ni el mas diestro albañil prepara mejor su masa de tierra y agua para rebocar una pared, que lo estaba la que en el rostro del rapazuelo había formado del polvo y el agua destilada de sus ojos, y otra materia también destilada, no de los ojos, sino de otra fuente mas inmediata al sitio de besar. Limpié por mayor con el pañuelo el pegote que me dejó en la cara, pero no pude limpiar bien otro que me había quedado en la patilla izquierda, y que semejaba el nido de un pájaro en una zarza.

En seguida ya rompió á hablar Miguelito diciéndome con mucha gracia: «dame un cuarto.» Juanita se echó á reir como una tonta, y yo que por desgracia aquel día parecía hombre rico, porque no llevaba moneda pobre, eché mano al bolsillo, y sacando una peseta, le dije: «toma, querido, este cuarto blanco: ¿no te gustan los cuartos blancos?—Y mucho, me contestó; mas que los negros. ¡Qué rico está el caramelo! ¿tienes mas?—Si: aun le de tener.

En esto entró Luisito, el niño segundo, y repartí mis caramelos entre los dos. Pero Miguel que tantas pruebas iba dando de amabilidad y fina educación, la dió tambien de generosidad arrebatando á su hermanito los dulces: de la mano, y diciéndole: «son míos todos.» «¿Qué diablo de chico, decía su madre con mucha cachaza, con todo hace lo mismo; de manera que no me deja medrar á este otro.

—¿No tienes más? me decía Miguel.—No, hijo mio, se acabaron.» Pero él, poco satisfecho con la respuesta quiso cerciorarse por sí mismo, y empezó á registrarme los bolsillos con la mano que le quedaba libre, incurriendo en algunas equivocaciones de lugar que en su edad infantil no eran infracciones de ley. Convencido ya y satisfecho comenzó á mirarme de hito en hito: aquí si que esperaba yo oír alguna gracia singular, y en efecto, no pude menos de echarme á reir cuando en seguida de aquel rato de contemplación me dijo: «tú tienes los ojos como mi gato». Bendita sea la madre que te parió, angelito, exclamé yo admirado de la ocurrencia.—Pues mire V. dijo la madre, eso no se lo había oído yo nunca.

Vaya, di á este caballero que tanto te quiere, algunas de las cosas que sabes, le dijo la mamá. Aun no estaba yo prevenido para oírle, cuando ya resonó en mis oídos... redondo y con todas sus letras le echó señores. Yo estaba entusiasmado con la fina y esmerada educación que mi antigua conocida sabía dar á sus niños, y admiraba las bellas disposiciones y prodigiosos adelantos de un niño de tan corta edad. Pregunté si sabía leer, y me dijo mi amiga que estaba aprendiendo; pero que ya conocía

las letras. «Yaya, Miguelito, trae la cartilla y dí las letras delante de este caballero.» Trajo Miguelito su cartilla, y coolocado entre mis piernas empezó á pronunciar precipitadamente y sin cuidarse del orden alfabético *d, é, jota, emé, hache, zeda, ó...* hé, yo no quiero leer mas. Y rasgó la cartilla en dos pedazos. Reimonos uno y otro de aquel agudo golpe de ingenio, y luego le dijo su mamá. «Vamos, Miguelito, ahora di una fábula.—*No quiero*, le respondió el niño con un desembarazo que ofrecia las mas alhagüenas esperanzas para mas avanzada edad.—*Vamos, hombre, dila; has de ser condescendiente: vamos á ver, «ayer por mi calle pasaba un borrico; vamos, hombre, sigue, que bien la sabes: «ayer por mi calle pasaba un borrico.»* Y pasó el borrico por la calle una docena de veces sin poder arrancar del amable niño otra cosa que la repetición del *no quiero*.

—Si la sabe como un papagayo, decia la buena Juanita, sino que no está ahora de humor de decirla; mire V.;

cuando nadie se lo manda, entonces es cuando la dice mejor.

—Señora, eso ya se sabe: las gracias de los niños son como el canto de los pájaros. Y no le moleste V. mas, que bastante ha lucido ya sus habilidades el pobrecito. Y V. me dará su permiso, Juanita, que yo tengo muchísimo que hacer.

—¿Qué! ¿se marcha V. ya?

—Sí, hija.

—Pues mire V., Juan todavia no viene tan pronto.

—Crea V., hija mia, que lo mismo me diera aunque tardara un año en venir. Siga V. gozando felicidades con su Juan Calma y Sufret, y solo digo á V. que si la suerte me deparara enlazarme en matrimonio con una jóven que supiera dar una educacion como esta á mis niños....

—Qué; ¿seria V. feliz?

—Eso es, seria tan feliz que me ahorcaria de rabia como Judas. A Dios.

1840.

FR. GERUNDIO.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Escuela de jóvenes fundada por Wilson.

CALCUTA.

En 1689 el señor Channock, agente inglés en Bengala, obtuvo permiso para establecer una factoria de su nacion en el rio Hoogly, el brazo mas occidental del Ganges, eligiendo al efecto la aldea de Govindpoor, á pesar de hallarse distante del mar lo menos cien millas inglesas, y de ser este lugar uno de los mas malsanos de aquella costa. Cerca de Govindpoor habia un lago de agua salada que se desbordaba todos los años á la aproximacion del otoño; sus aguas al retirarse dejaban una inmensa cantidad de peces muertos cuya putrefaccion viciaba el aire á una gran distancia. El viento del nordeste llevaba al fuerte William, ciudadela de Calcuta, los miasmas fétidos que exalaban los pantanos que cubrian los campos de sus in-

mediaciones. La mayor parte de los extranjeros llegados de Europa eran victimas de las fiebres pestilenciales frecuentes en semejante situacion. Citase un año durante el cual murieron en el espacio de seis meses, sobre 400 ingleses de 1,200 residentes en el pais. Esta mortandad espantosa no pudo impedir el rápido acrecentamiento de la aldea de Govindpoor. Simple factoria en su principio, es hoy la rica Calcuta, la capital de Bengala y de todas las posesiones inglesas en las Indias, el depósito de todo el comercio de aquellas vastas comarcas.

Al entrar en Calcuta sorprende al viajero la estraña mezcla y confusion producida en las calles por la diversidad que se nota en la construccion de las casas. La mayor parte de la ciudad está formada por casas en un todo semejantes á las de las ciudades indianas. Construidas sobre un plano uniforme en aquellas calles estrechas y tortuosas, hallanse entrecortadas por innumerable canti-

dad de charcas, estanques y jardines. Hay sin embargo algunas calles, donde se ven casas construidas de ladrillos; este es el barrio de los mas ricos negociantes ingleses; algunas de ellas son muy lindas y espaciosas; y las hay tambien que pueden aspirar al titulo de palacios. Las casas Indianas que las cortan de trecho en trecho tienen el aspecto mas singular del mundo: unas están construidas con una especie de argamasa que fabrican los naturales y llaman *chunam*; otras están construidas de bambú y otras finalmente de esteras. Las casas indianas no tienen mas que un piso, y están cubiertas de una especie de bálago. Respecto á las de ladrillo, son muy raras las que pasan de dos pisos y terminan en terrados á la italiana; hállanse situadas de trecho en trecho y tan distantes las unas de las otras, excepto en el barrio de que ya hemos hablado, que cuando ocurre un incendio en las casas de estera, devora frecuentemente calles enteras sin ser contenido por una sola casa de ladrillo. Desde principio de este siglo se ha enriquecido Calcuta con varios monumentos. El palacio del gobierno, la iglesia Armenia, la iglesia Anglicana, el fuerte William y por último el colegio del obispo, donde se halla establecida la escuela cristiana de niñas fundada por Mistriss Wilson, son monumentos que sorprenden al viajero que no espera hallarlos en una ciudad de estera y de bambú. Al mismo tiempo se trabaja por hacer sano el aire, y ya se ha logrado en parte, aunque queda todavia mucho por hacer para dejarlo enteramente puro y salubre. Han desecado ya todos los pantanos y las charcas situadas en las calles de la ciudad y que eran una de las causas mas activas de mortandad. Han hecho en medio de la villa una vastísima fuente cuyo pilon provee de agua potable á toda la ciudad, porque la del Ganges llega á hacerse salobre en el estio á causa del reflujo de la marea. Esta fuente está alimentada por tantos manantiales que el agua se mantiene allí casi siempre al mismo nivel. Cerca de aquella fuente descuellan un hermoso obelisco erigido por Mr. Holwell á la memoria de sus compañeros de infortunio, las víctimas de *Black-Hole*.

La población de Calcuta, que asciende ya á medio millon ofrece como la de todos los grandes centros de comercio, una mezcla de casi todas las razas de hombres conocidas. La libertad que gozan allí todos los cultos, es mirada como una de las principales causas de la prosperidad siempre progresiva de aquella ciudad. El color negro de la raza africana contrasta allí con las facciones sonrosadas y blancas de los ingleses. Las carrozas, los faetones y los cabriolés de Europa se cruzan en las calles con las palanquetas de los naturales. Encuéntrase allí una iglesia Armenia, un templo y una iglesia católica, y en medio de todo esto Alfaquies paseando procesionalmente sus estravagantes idolos. Aunque ciudad de comercio ante todo, Calcuta no está por eso enteramente desprovista de titulos literarios; pues allí se redacta el *Diario de la sociedad asiática*, cuyos informes sobre las antigüedades, las lenguas y las religiones de la India, pueden compararse con los trabajos de la Academia francesa de inscripciones y bellas letras. En Calcuta reside el gobernador general de la India y el tribunal supremo de justicia, cuya jurisdiccion se estiende desde la costa Coromandel hasta la de Malaca. Diversas naciones explotan el inmenso comercio de Calcuta; pero principalmente los ingleses y armenios, que hacen allí sin disputa mas negocios que todas las naciones reunidas. Sin embargo, entre los mercederes mogoles hay algunos que poseen fortunas comparables á las de la alta aristocracia de Inglaterra; y como el interés es tres veces mayor en Calcuta que en Inglaterra, un capital de un millon de libras esterlinas, representa allí el triple de esta suma poseída en Inglaterra. Tambien hay algunos comerciantes griegos en Calcuta, y aunque en escaso número no por eso dejan de sostener su sacerdote. Los portuque-

ses son tan numerosos como los ingleses; pero la mayor parte ocupan allí la última clase de la sociedad. Es verdaderamente notable que ningun pueblo se haya aclimatado mejor en la India. Excepto su religion han adoptado completamente las costumbres de los indigenas. Entre tantos pueblos como componen la inmensa poblacion de Calcuta, los judios forman una Imperceptible minoria. La lengua del pueblo de Calcuta es el Bengali que está derivado del Sans-krit como el Indostani con el cual guarda mucha afinidad.

VIAGES.

MAGUNCIA.

Salimos ayer de Coblenz en el barco de vapor, que diariamente se dirige á Maguncia, viendo desfilar delante de nuestra vista, los fuertes de Braubach, el Mexbourg, prision de estado, que amenaza con sus ruinas desde la montaña, Sain Goar Wersel, Elwil, con sus numerosas campanas y sus risueños campos, la posesion del principe de Methernich, que dá el mejor vino dorado de todos los del Rhin, y despues Biebrich, residencia magnífica del duque de Nassau.

A las cuatro de la tarde se presentó una isleta, graciosamente colocada en medio del rio, y en su estension la ciudad de *Maguncia* por lo cual parece salir de las ondas y aproximarse al viajero. Sus torres proyectan largas sombras en las aguas, aumentándose su efecto por la inestabilidad de estas. Aparece en lontananza una inmensa mancha negra, que se estiende desde una ribera á otra y al aproximarse el buque se distingue una hilera de molinos harineros de ruedas de paletas, cosa muy comun en el Rhin, y un inmenso puente de barcas, cubierto continuamente de gentes.

El puerto es muy concurrido, porque hay personas de todas las naciones del mundo; pero no por eso deja de haber agentes de policia, que aquí como en todas las partes del mundo incomodan y molestan al viajero.

Las calles de Maguncia son estrechas y sucias; pero en la orilla del rio hay muchos hoteles cómodos, elegantes y baratos.

Las cartas de recomendacion me abrieron bien pronto entrada entre las familias de Maguncia y conocí que su caracter es mas espiritual que profundo; ligereza, que se puede perdonar en gracia de su amabilidad.

De todas las ciudades de las orillas del Rhin, Maguncia es, sin contradiccion, la que tiene mas simpatias por la Francia. Hay en ella muchos militares del Imperio, que no pueden olvidar la caída tan rápida como terrible de Napoleon. Por esta circunstancia, el viajero, que viene de Paris, tiene que contestar á una multitud de preguntas sobre el estado de esta capital y sostener una discusion con toda la seriedad que se tratan en Alemania aun los objetos mas frívolos.

En el teatro se daba aquella noche el barbero de Sevilla, y no es fácil explicar la grata sensacion que esta ópera produce en el pueblo de Maguncia.

El día inmediato por la mañana hube de recorrer la ciudad, devastada por los hunos, por los vándalos y los alemanes en diferentes épocas, fatídica por las escenas sangrientas que ha visto en sus murallas, y por los bandidos y los principes guerreros que ha producido.

En el siglo XIII y XIV Maguncia se hallaba en un estado floreciente, y en esta época se cultivaba la poesia galante y por lo tanto se hallaban en ella todos los trovadores de Alemania.

Pero en el siglo XVI Maguncia adquirió una gloria inmortal por la invencion de la imprenta, la obra mas importante y fecunda en resultados, la gran palanca de la

civilización moderna. Juan Gaensfleisch de Sorgenloch, llamado Guttemberg por la casa que poseía en Maguncia, bizo los primeros ensayos de la imprenta con caracteres móviles en Strasburgo y perfeccionó sus trabajos en Maguncia.

El cuerpo de Guttemberg está en la iglesia de San Francisco y se lee sobre su tumba el siguiente epitafio:

«Al aplaudido por todas las naciones y por todas las lenguas, el inventor de la imprenta Juan Guttemberg, Adam Gelthus erigió este monumento para perpetuar el recuerdo de su nombre. Sus huesos descansan en paz, en la iglesia de San Francisco de Maguncia.»

La patria no ha sido indiferente á la gloria de Guttemberg y en esta gran plaza se ve su estatua colosal en bronce de un distinguido autor.

En la vieja y sombría catedral se ven los sepulcros del célebre general Lamberg, de Sastrade, muger de Carlo-Magno y de algunos artistas, levantados á costa de las demas de Maguncia. La Biblioteca contiene 100,000 volúmenes y muchos manuscritos entre los cuales están dos de San Crisóstomo. Se enseña á los estrangeros el modelo del puente, que Napoleon queria hacer construir sobre el Rhin, y un reloj, que representa el sistema de Copérnico.

El estado actual de la Alemania es sorprendente por la actividad que desarrolla en el fomento de la agricultura y bajo este aspecto su estudio puede ser muy útil á la hermosa España.

15 de enero de 1845.

AGUSTIN PASCUAL.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



DON JUAN NICASIO GALLEGO.

No hay en España persona alguna un tanto aficionada á las bellas letras, que no pronuncie con respeto este nombre: no hay poeta ni escritor público de cualquier género que sea, desde los mas humildes hasta los mas empuados de nuestra época, que no le consulte sus obras y haga en ellas sin mas examen, cuantas correcciones le indique: no hay discusion literaria que no se termine á su arbitrio: no hay, en fin, quien ose replicar al que en materias de buen gusto asienta una opinion, añadiendo: *asi piensa don Juan Nicasio Gallego.*

Y esta especie de absoluta autoridad, esta incontestable supremacia, esta universal dictadura, ¿de dónde procede? ¿en qué se funda? ¿qué par de estantes tiene que destinar el literato en su biblioteca para colocar las obras de un hombre de tanta fama?

No hay libro ninguno que lleve al frente su nombre. Siete odas ó elegías de regulares dimensiones, publicadas en el espacio de 36 años, y alguno que otro soneto ó romance, han bastado á colocar al señor Gallego entre

los primeros poetas que honran el Parnaso español: de qué calidad sean las tales siete composiciones, inútil es decirlo; ademas, que no hay en España literato que no las sepa de memoria.

Fenómeno es este que no aciertan á comprender en el día aquellos que, como dice Iriarte:

aprecian por el tamaño
los libros y por el bulto;

pero el que tiene alma para sentir las bellezas de la poesía, no solo reconoce y acata la justicia de tan merecida opinion, sino que de las siete composiciones del señor Gallego aun juzga que sobran seis para colocarle en el sitio que ocupa. Quéjense algunos de que haya escrito tan poco: lástima grande es ciertamente; pero lástima para las letras, no para su fama.

No me detendré á analizar sus poesías: como noticia

seria excusado, pues ya he dicho que nadie las desconoce como crítica, á ninguno es dado abrir de nuevo un juicio que ha sentenciado ya una generacion entera.

En Zamora nació por los años de 1773, pueblo que nunca ha dado muestras de envanecerse con tal hijo, hasta ahora que mal y de mala manera le ha incluido en una terna de senadores. Allí hizo los primeros estudios, pasando luego á Salamanca, donde en 1800 concluyó su carrera y recibió las sagradas órdenes. El trato con Melendez, restaurador del buen gusto de la poesia castellana, inflamó su fantasia y despertó en él ese genio que tan hermosa página ha añadido á nuestro parnaso. Pasó luego á Madrid donde conoció al malogrado Cienfuegos, y al señor Quintana, con quien desde entonces le han unido vínculos de no interrumpida amistad; y en 1805 le nombró el rey director de la casa de pages. Servia este empleo y publicaba en el Memorial Literario, periódico que salia á luz en Madrid, alguna que otra composicion ligera, cuando en el año de 1807 llegó la noticia de la defensa de Buenos-Aires contra los ingleses.

Permitase al que esto escribe dedicar aquí un recuerdo á aquella heroica ciudad, donde tiene á gloria haber nacido, y en cuya suerte no ha cesado ni cesará de interesarse vivamente su corazon, á pesar de las 2,000 leguas que hace mas de 20 años le separan de la que siempre llamará su patria.

No hay ejemplo en la historia de un hecho mas glorioso. Un pueblo abierto donde no habia á la sazón ni un solo soldado, se ve acometido de repente por un ejército de 12,000 hombres, mandado por un hábil general. Desatino era soñar siquiera en defenderse; pero las heroicidades ¿qué son en su origen sino desatinos? Los habitantes corren en tropel á la plaza y piden á gritos armas y municiones, el cabildo (así se llama allí el ayuntamiento) cede á la voluntad del pueblo, toma algunas disposiciones para aquella inconcebible resistencia y llama á la ciudad al virey don Santiago Liniers, que á la aproximacion de los ingleses viéndose sin tropas, se habia retirado al campo. Los paisanos armados guardaban las azoteas, los balcones, las ventanas, las puertas; y al penetrar los enemigos en la ciudad, empezaba á flover sobre ellos un fuego mortífero. La lucha fué sangrienta, pero breve: al cabo de algunas horas, los ingleses tuvieron que rendirse á discrecion, quedando todos, incluso el general en jefe, prisioneros de guerra.

No es extraño que tan gloriosa accion encendiese el estro de los poetas y produjese la primera oda en que el señor Gallego derramó el fuego poético que encerraba en su alma, y que solo aguardaba para inflamarse una chispa de entusiasmo. No es ya el cantor tierno y delicado émulo del dulcísimo Melendez; es el poeta vigoroso y robusto que empuña la trompa de Herrera, y viendo en su fantasia á la América del Sur alzarse sobre los Andes, lanzando el grito de guerra, esclama:

«Golpe terrible en el broquel sonante
dá con el pomo, y al fragor de guerra
con que herido el metal gime y restalla,
retembla la alta sierra,
y el ronco hervir de los volcanes calla.»

Por entonces fué tambien cuando á consecuencia de una disputa literaria habida en la tertulia del señor Quintana, hizo en ocho dias la traduccion de la tragedia de *Arnaut*, titulada *Oscar*, que proporcionó uno de sus mayores triunfos al grande actor *Isidoro Maiquez*, y en la cual dejó á muchas leguas el mérito del original francés.

La sangrienta jornada del 2 de mayo de 1808 fué la que inspiró al poeta su segunda composicion: no hay nada mas hermoso en castellano. Aquella elegia puso el sello á su fama; y bien hubiera podido desde entonces colgar la lira, seguro de que no era facil elevarse como poe-

ta lírico á mas altura. Muchos años hace que en semejante dia todos los periódicos de Madrid reproducen aquella magnífica elegia llena de noble indignacion y patriótico entusiasmo, en la cual, despues de repetir el grito de guerra y venganza! lanzado por la nacion contra los invasores, dice:

Guadalquivir guerrero
torna al bélico son la regia frente;
y del patron valiente
blandiendo airado la nudosa lanza,
corre gritando al mar: guerra y venganza!

En el mismo año hizo el señor Gallego la tercera de sus composiciones, que tituló *Oda á la influencia del entusiasmo público en las artes*, y leyó en una sesion de la Academia de San Fernando. Esta composicion es de las menos conocidas, pues no tengo noticia de que se haya impreso nunca; pero en nada desmerece de las demas. Como compuesta bajo el influjo de los sentimientos de independencia que ardian en el corazon del poeta en aquella época, está llena tambien de alusiones á los hechos gloriosos de la nacion, y así es que hablando de la pintura, presenta entre otros, un cuadro magnifico del sitio de Zaragoza, que concluye con esta imagen:

¡Oh! magia del pincel! Sobre el glorioso
montón de escombros de la antigua torre,
que á la horripante hembra se desploma,
altí el aragonés su frente asoma
impávida y serena,
y al terco sitiador de espanto llena.

Desde esta fecha corre un largo periodo en que la musa de tan gran poeta enmudece profundamente. La llegada de Napoleon con su ejército obligó al señor Gallego á abandonar la capital y refugiarse á Sevilla, y luego á Cádiz. Allí fue diputado de las primeras cortes que se instalaron en la isla de Leon, y las tareas legislativas no dejaron espacio sino para tal cual soneto ó himno patriótico. Volvió luego á Madrid, y á la llegada del rey en 1814 fué uno de los perseguidos y encarcelados por sus opiniones liberales. Hallándose confinado en una cartuja de Andalucía, compuso la elegia á la muerte del duque de Fernandina, composicion tambien poco conocida del público, y que siento no tener á la vista para trasladar aquí alguno de sus muchos trozos de tierna melancolia.

Ocurrió en 1818 la sentidísima muerte de la reina Isabel de Braganza, y este doloroso acontecimiento inspiró al señor Gallego una de sus mejores obras. La elegia en tercetos que compuso entonces basta por sí sola para hacer la reputacion de un gran poeta. Siento que los límites de este artículo no me consientan copiarla toda. Recordando en ella el dia en que la reina llena de juventud y hermosura desembarcó en Cádiz, dice:

«Ostentosa su marcha fué. Ostentoso
bagel, favonio con halagos puros,
meció de Cádiz en el golfo bandoso;
Y al ronco estruendo de los bracos duros,
bella como la diosa de los mares,
la saludaron los heráclidos muros.
Aun el rumor de aplausos á millares
oír, y el grito de las torres creo,
y el festivo sonar de mil cantares.

Obsérvese el giro poético de estas frases: obsérvese sobre todo el hiperbaton que hay en el último terceto, la feliz colocacion de los verbos determinante y determinado; y dígase si cuando la lengua castellana se presenta manejada así, tiene que envidiar á la latina ni á

ninguna. En otro lugar hay este sentido trozo en que el señor Gallego pedía por sus amigos proscritos y el cual suprimieron los censores de aquella época:

• De ti esperaba el fin á los prolijos
y acerbos males que discordia impura
sembró con larga mano entre sus hijos.

No pocos ¡ay! no pocos, en oscura
mansión, al duelo y la amistad cerrada,
redoblan hoy su llanto de amargura.

Otros gimiendo por su patria amada,
el agua beben de estrangeros rios,
mil veces con sus lágrimas mezclada.

Desde aquí corre otro período de diez años en que vuelve á enmudecer la musa del señor Gallego.

En 1830, con motivo de la muerte de la duquesa de

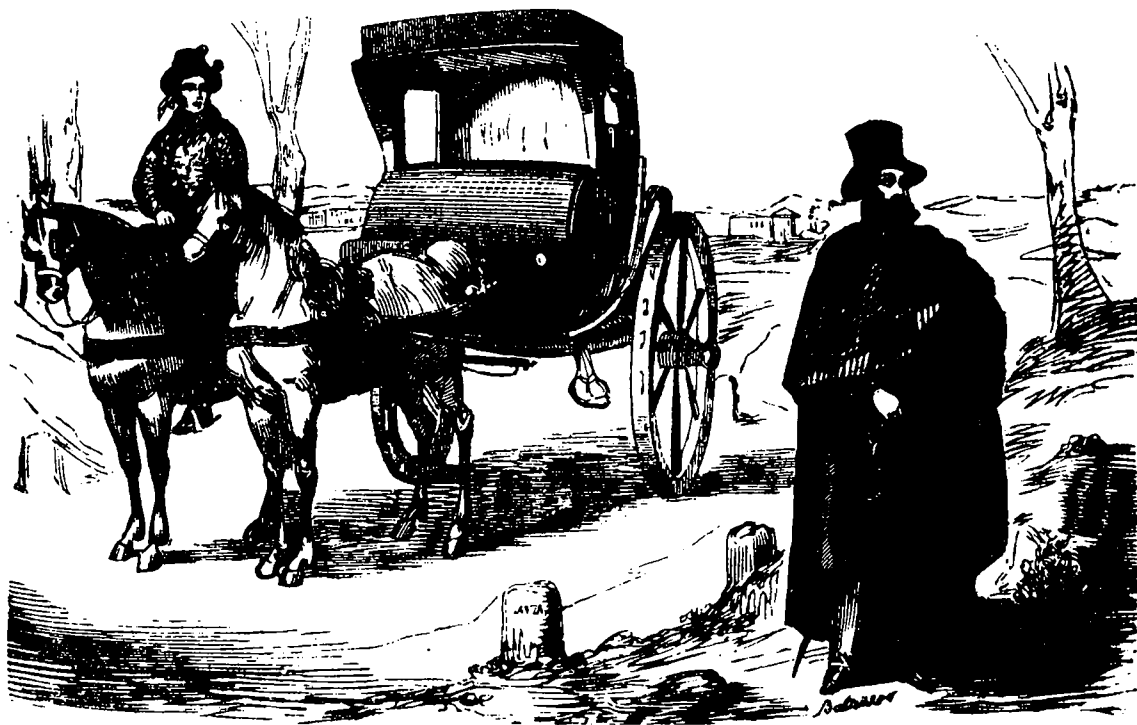
Frias, compuso la notable elegía que se insertó en la *Corona fúnebre*, impresa en Madrid entonces; y poco despues, la última hasta ahora de sus poesías, que es una oda al nacimiento de la princesa Isabel, actual reina de España.

Hé aquí enumeradas las siete obras con que ha llegado á colocarse en primera línea entre los poetas españoles; y no hablo de otras composiciones cortas con que se honraria el mas eminente literato.

La Academia española le abrió sus puertas y últimamente le nombró su secretario perpetuo. En estas útiles tareas, y en el trato de poetas y artistas, que reciben en su amistad y consejos aliento y luz para cultivar con acierto las artes y las letras, pasa su vida retirada y tranquila, gozando ya de una fama que pocos alcanzan de sus contemporáneos.

VENTURA DE LA VEGA.

ESTUDIOS RECREATIVOS.



TREINTA LEGUAS EN POSTA.

(El camino de Francia fuera de la puerta de Bilbao. Una silla de posta con los caballos enganchados está parada en la primera plazuela que forma el camino. El postillon montado silba un aire nacional. Un jóven elegante embozado en su capa se pasea por el camino y mira indistintamente á su reloj y hacia la puerta.)

CARLOS. No distingo nada! no viene! (con impaciencia.) No vendrá!...—Postillon ¿qué hora es?

POSTILLON. Las cinco acaban de dar.

CARLOS. Las cinco nada mas! No tarda; esperemos....

—No me puedo estar quieto. (*Se pasea con inquietud.*)

—Postillon, ¿qué casa grande es esa que se vé ahí á la izquierda? Parece una Iglesia.

POSTILLON. Es el cementerio.

CARLOS. ¿Y esas otras de mas adelante?

POSTILLON. El parador y los tejares donde venden vino. Mire vd. ¡vé vd. sobre la derecha, un poco mas largo una porcion de casas? pues ese es Chamberí.

CARLOS. ¿Dónde vá este otro camino paralelo al que hemos traído?

POSTILLON. Lo que es el camino no vá á ninguna parte; los que andan por él pueden ir á la puerta de Fuencarral y por la ronda á san Bernardino y á la cuesta de Areneros y á San Antonio de la Florida que está...

CARLOS. Ya sé donde está San Antonio, me acuerdo de haberlo visto un día que fui de campo á la Moncloa.

POSTILLON. Pues mire vd., yo no he visto la Moncloa mas que de paso, desde el camino que vá á la puerta de Hierro, en los tres años que estuve corriendo por la carrera de Valladolid. Mola carrera; las ocho leguas desde Olmedo son fatales; me acuerdo un día.... (*mirando á Carlos que se ha alejado sin oírlo*) ¡Calle! pues el señorito no aguarda á razones.

CARLOS. (*Volviendo hacia el carruaje y mirando al reloj*). Es imposible que no vaya yo atrasado.—Postillon, ¿que hora es?

POSTILLON. ¡Diablo! ya me lo ha preguntado vd. tres veces. El cuarto poco mas....—Hola! aquel pobre despacho. (*á Carlos*): quítese vd. el sombrero que pasa por allí uno que llevan á enterrar.

CARLOS. Yo no saludo á quien no me contesta.

POSTILLON. Es igual: yo saludo á todo el mundo: eso no cuesta el dinero.

CARLOS. (*mirando hacia Madrid*). Me parece que distingo un coche que sale por la puerta.... Sí, no hay duda.... ¡Con qué calma, Dios mío!

POSTILLON. Es que corren la posta como nosotros. A propósito: ¿piensa vd. que nos estemos aquí hasta la noche?

CARLOS. Yo te pagaré como si corriéramos.

POSTILLON. Entonces corrient. (*á los caballos*)—¡Morol.... ¡Banderol.... Soool.... Si bajo....—(*á Carlos*) Otro muerto; este es mas pobre.

CARLOS. El coche se aproxima... no me engaño... es ella, la he visto (*corriendo al coche y abriendo la portezuela*). Matilde!.... mi querida Matilde!.... (*ayudándola á bajar*). No temais nada; no tembleis de esa manera.

MATILDE. Sostenedme; no tengo fuerzas para andar.

CARLOS. ¡Qué palidez! ¿Qué teneis?

MATILDE. Me siento morir. (*Dirigiendo los ojos al cielo*) Dios mío! protejedme!—Carlos, he venido porque os lo habia prometido y no podia faltar á mi palabra.... ya la he cumplido; dejadme retirar ahora.

CARLOS. ¡Renunciar á vos! jamás!

MATILDE. He hecho mal y el cielo me castigará; no debo seguirlos.

CARLOS. ¿Y cómo volver atrás ahora? ¿Cómo entrar en vuestra casa? La suerte está decidida; confiad en mi amor.... ahí tengo una silla de posta y dentro de algunas horas estamos al abrigo de toda persecucion.

MATILDE. ¿Creeis que puedan perseguirnos? ¿Nos amenaza algun peligro?

CARLOS. Al contrario....

MATILDE. Vamos pues; antes perderme que esponeiros por mí.

CARLOS. ¡Qué feliz soy! (*sosteniéndola hasta la silla; la ayuda á montar y entra detras de ella*).—Postillon! á galope.

POSTILLON. ¡A galope! Moro!...

(Cruge el látigo y la silla parte á tod' escape. Matilde con la cabeza oculta entre su pañuelo permanece algun tiempo sin decir una palabra).

CARLOS. Matilde, sois mia y nada en el mundo puede ya separarnos; ¿por qué llorar así?

MATILDE. ¡Jamás mi padre me perdonará!

CARLOS. ¿Y por qué? es tan bueno, y os quiere tanto! Cuando lleguemos á Francia y nos casemos olvidará todo. Es verdad que yo no tengo su inmensa fortuna, pero en cambio soy de muy buena familia y os amo tanto!....

MATILDE. Sin eso, ¿creeis, Carlos, que me hubiese decidido á dar un paso semejante?

CARLOS. Era indispensable; vuestra tia os llevaba fuera de la capital á sus haciendas de Burgos y allí sin duda otro casamiento...

MATILDE. Jamas hubiera consentido: vos no me conocéis; no tengo mas que diez y seis años, pero no me falta carácter, y el juramento que he hecho lo sostendré hasta la tumba.

CARLOS. Como el mío: vivir y morir con vos.

MATILDE. (*Con exaltacion*). ¡Siempre! ¿no es verdad?

CARLOS. Siempre!

POSTILLON. (*Parándose y haciendo resonar el látigo*).—Eh!.... Vamos vivo; caballos para estos señores—Me parece que no se quejará vd. del servicio.

MATILDE. ¿Dónde estamos?

POSTILLON. En Alcobendas.... la primera posta. Que lleven vd. buen viage.

CARLOS. Gracias, toma propina y di que se despachen.

POSTILLON. ¡Diablo! un duro de agujetas.... El señorito es generoso.

CARLOS. Cuidado con decir á nadie que me has visto.

POSTILLON. Descuide vd., señor (*al otro postillon que vá á montar*). Despacha, Pepe; (*á media voz*).—Es un príncipe extranjero que roba á la hija de un comerciante.

POSTILLON 2.^o ¿De veras?

POSTILLON 1.^o Un duro de agujetas.

POSTILLON 2.^o Muy enamorado debe de estar..... Arreeel!....

CARLOS. No se me quita el miedo en tanto que estamos en las inmediaciones de Madrid. Felizmente aun es temprano.—Postillon, ¿qué casa es esta?

POSTILLON. La venta de Pesadilla.

CARLOS. Y esa otra posesion que se vé mas adelante, ¿á quién pertenece, á algun asentista?

POSTILLON. Al contrario, es de un honrado magistrado.

MATILDE. (*Retirándose al fondo de la silla*). Ya sé quien es.

CARLOS. ¿Lo conocéis?

MATILDE. No, pero he oido hablar de él.... Es el honor y la virtud personificada. Cuidad de que no me vea.

CARLOS. No hay cuidado; no se distingue un alma en toda esta llanura...—Arreea, postillon! (*los caballos salen á galope*).—Ahora que ya estais mas tranquila, mi querida Matilde, decidme como os la habeis arreglado para escapar del colegio y de casa de vuestro padre: cosa que nunca me atreví á esperar y que ahora estoy viendo y no concibo.

MATILDE. ¡Oh! tengo mucho que deciros, porque como nunca hemos hablado mas de cinco minutos.... y si mi aturdimiento no os molesta....

CARLOS. Molestarme vos....

MATILDE. Pues bien: voy á contaros mi historia. Mi primera desgracia fué haber perdido mi madre cuando todavia era muy niña; mi padre, comerciante en Burgos, donde vivia con su hermana y toda su familia, vino contra la voluntad de mi tia á establecerse en Madrid, con objeto de darme una brillante educacion, y continuar sus negocios en mas estensa escala; respecto á este último punto por lo menos creo que no haya perdido el tiempo, pues segun dicen, hoy es inmensamente rico.

CARLOS. Ya lo creo; uno de los primeros capitalistas de España.

MATILDE. En cuanto á mí, me puso en un colegio donde casi nunca iba á verme y de donde rara vez me hacia salir, lo cual no dejaba de mortificarme: felizmente hice amistad con Carolina, una hija de un conde viudo tambien, que me quiere en extremo y como es mayor que yo, me ha dado algunos consejos... Jamás nos

separábamos; habíamos encontrado una llave de la biblioteca de la señora....

CARLOS. ¿Quién es esa señora?

MATILDE. La directora del colegio; siempre se la llama así.

CARLOS. Perdonad; como yo no he estado en ningún colegio de señoritas....

MATILDE. En esta biblioteca había unos libros tan divertidos; y luego que cuando la señora los tenía, bien podíamos nosotros leerlos; este era nuestro mayor placer: los llevábamos al cuarto, y sin que nadie nos viera nos pasábamos horas y horas con ellos. Puedo aseguraros que *la Nueva Eloisa* y *Amalia Mansfield*, las he aprendido casi de memoria. ¡Oh! cuánto he amado á Ernesto de Waldemar!

CARLOS. ¿Qué decis?

MATILDE. Esa fué mi primera inclinación: pensaba en él noche y día y aun soñaba haberlo visto. ¡Qué felicidad, decía para mí misma, el ser amada de un hombre semejante; fortuna, porvenir, familia, todo me parece que se lo hubiera sacrificado! Yo había hecho su retrato y me lo representaba gallardo, noble, generoso.... con una sonrisa tierna y melancólica, ojos negros, cabello rizado.... y cuando en el baile de la distribución de premios vinisteis á invitarme para un vals, ¿os acordáis de mi turbación?

CARLOS. En efecto.

MATILDE. Pues bien, es porque vi que os pareciais á él completamente.

CARLOS. ¿Es posible?

MATILDE. ¡Oh! sí lo es, y desde entonces solo he pensado en vos y no he vuelto á pensar en él; es una iniquidad haberle sido infiel....

CARLOS. No por cierto; al fin es un ente imaginario que no ha de reconveniros por esta falta.

MATILDE. Sin embargo, yo creo que él hubiera triunfado, á no ser por Carolina á quien debéis estar muy agradecido. Siempre me hablaba de vos y me decía que era imposible que con esa fisonomía no fuérais amable, valiente y entendido, y sobre todo de muy buena familia. Yo creo que en todo tenía razón, ¿no es verdad?

CARLOS. Sin duda.

MATILDE. Desde entonces por todas partes me seguiais porque yo en todas partes os hallaba; cuando me disteis aquella carta un día al bajar la escalera del colegio, yo no quería leerla, Carolina fué quien la leyó primero y yo despues mas de mil veces. En la soledad y el silencio; sin pensar mas que en vos, vuestra imagen se ha grabado poco á poco en mi corazón, y ved ahí como sin veros y sin conoceros apenas, os he amado con delirio.

CARLOS. ¡Querida Matilde!....

MATILDE. Hace unos quince días que vino mi tía á pasar en Madrid la temporada de carnaval, mi padre estuvo en el colegio y me dijo: «Querida Matilde, ya has cumplido diez y seis años y no debes permanecer aquí: Yo voy á emprender un viage muy largo para mis negocios y tú no puedes acompañarme; te irás con tu tía que consiente en llevarte á Burgos donde reside.... Allí vivirás en intimidad con sus hijos y desco que entre tus primos, que tengo entendido son muy amables, halles uno que logre agradarte y á quien dar yo despues el título de yerno.»

CARLOS. ¡No lo dije!

MATILDE. ¿Qué había yo de hacer sino daros aviso del peligro que me amenazaba? Entonces fué cuando me comunicásteis el proyecto de huir á Francia, de que no quise en el primer momento ni aun oír hablar; pero Carolina, mas juiciosa que yo, me hizo ver que no había otro medio, que esto era muy natural, que todas las jóvenes tiranizadas obraban así y que ella misma tenía en Inglaterra dos primas que no se habían casado de otra manera. Por otra parte la pena de no veros y de dejar á

Madrid y sepultarme en una provincia, me decidió; faltaba ejecutar este gran proyecto y hé aquí como lo hicimos.

CARLOS. Veamos.

MATILDE. Mi padre debía partir ayer día 5 para Portugal, y mi tío hoy día 6 para Burgos: así os lo escribí.

CARLOS. La única carta que tengo de vos, miradla sobre mi corazón.

MATILDE. Me contestásteis que me esperábais esta mañana fuera de la puerta de Bilbao, en la primera plaza con una silla de posta; siguiendo el consejo de Carolina he pedido permiso en el colegio para salir á despedir á mi padre y pasar la noche en casa á fin de estar dispuesta á la hora de marchar con mi tía; en cuanto salió mi padre ayer tarde de Madrid, escribí á mi tía que no me esperase que habíamos cambiado de proyecto y me iba con él al viage.

CARLOS. Perfectamente: vuestra tía os crec con vuestro padre y vuestro padre con vuestra tía, de manera que en mucho tiempo la trampa no se descubre. Vamos, que para colegiales no lo han arreglado vds. muy mal.

MATILDE. ¿Es verdad que no? Carolina tiene un talento admirable, pero yo he estado mil veces por renunciar al proyecto. Ayer sobre todo cuando mi padre me abrazó, me eché á llorar y poco me faltó para confesárselo todo; pero lo que me contuvo fué....

CARLOS. Vuestro amor....

MATILDE. Sí, y además el temor de que Carolina se burlase de mí, sin eso me parece que no vengo, porque hago mal en engañar á mi pobre tía, que me quiere tanto, y nie ha criado como si fuese mi madre; Dios mío! como corre este postillon!....

CARLOS. Tranquilizaos; ya llegamos á la posta.—¿Qué pueblo es este?

POSTILLON. San Agustín (*llamando á otro postillon*). Gregorio... ¡á caballo, (*aproximándose á Carlos*.) Si tiene vd. la bondad de despacharme.

CARLOS. (*dándole dinero*). Toma y que se despachen ellos.

POSTILLON. Al instante (*bajo á su compañero*). No pierdas tiempo que son enamorados... y dan buena propina.

POSTILLON. Gracias por la advertencia. (*Monta, y arrean los caballos. En seguida se pone á cantar.*)

Amor no pongas amor
donde no hay correspondencia.

CARLOS. ¡Qué diablo de camino...! Postillon, no tan de prisa que se vá á hacer pedazos el coche.

POSTILLON. Esto no vale nada; es que han echado piedra para componerlo... en llegando á Venturada lo que falta de la posta es muy buen camino.

MATILDE. ¿Venturada es un pueblo?

POSTILLON. No señora; es una aldea de 28 casas; allí me he criado yo. Soy hijo del sacristan y por eso le he cogido un poco afición á la música; cuando era muchacho cantaba con mi padre en la iglesia... (*cantando en voz alta.*)

Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena.

CARLOS. Bien: basta, basta, que llamas la atención de todos los que pasan.

POSTILLON. (*Cantando sin hacer caso.*)

A la jota y mas á la jota,
á la jota que te la pegué.

CARLOS. ¿Quieres callar con mil santos?

MATILDE. ¡Qué aridez de terreno! No se parece esto á un bosque que he visto en la Galería Topográfica junto á una ciudad que ahora no me acuerdo su nombre. ¿La habéis visto vos?

CARLOS. ¿El que? la Galería? Una tarde entré con unos amigos pero reparé poco; no soy aficionado á pinturas. Solo me acuerdo de un monte nevado...

MATILDE. ¡Ah! sí, el monte de San Bernardo. ¡Qué cosa tan deliciosa!

CARLOS. ¿Deliciosa? ¡Pues no dejará de ser un buen rato el andar por aquellas breñas!

MATILDE. ¿Es Venturada ese pueblo?

POSTILLON. Si señora; en seguida está Cabanillas donde se mudan caballos y allí empieza la sierra.

MATILDE. ¡Cuánto me alegro! (á Carlos) ¿No habeis pasado nunca por este puerto?

CARLOS. ¡Yo! en mi vida; no conozco mas puerto que el de Santa María y eso de nombre porque vive en él una tia mia.

MATILDE. Eso es muy distinto; este puerto no es una poblacion, son montañas.

CARLOS. Malo, no faltarán ladrones. ¿Teneis miedo á los ladrones?

MATILDE. (Con ternura.) Estando con vos! ¿Qué disparate!

CARLOS. Sin embargo...

MATILDE. (Con exaltacion.) Casi me alegraría de que nos saliesen para que pudiérais defenderme.

CARLOS. Yo os lo agradezco.—Pero el dia se adelanta; ¿no teneis hambre?

MATILDE. Yo no; ¿y vos?

CARLOS. Tal cual.

MATILDE. (Con disgusto.) Cómo! ¡estamos uno al lado de otro y pensais en comer!...

CARLOS. ¿Y por qué no?... Yo acostumbro á almorzar á las once; pero hoy como me he levantado á las cinco, cosa que nunca me acontece...

MATILDE. Yo me levanto temprano todos los dias.

CARLOS. Y luego con el ejercicio y el aire del campo siempre dá apetito.—Postillon, ¿dónde pararemos á tomar un bocado?

POSTILLON. En Bultrago, señor. Antes no hay ningun pueblo donde se pueda comer nada; allí como para la diligencia tienen buena fonda.

MATILDE. Me es igual.

CARLOS. ¿Y á qué hora llegaremos?

POSTILLON. A eso de la una.

CARLOS. Perfectamente; nos detenemos hasta los dos y apretando un poco podemos llegar temprano á Aranda.

MATILDE. ¿Aranda habeis dicho!

CARLOS. Sí, unas 28 á 30 leguas de Madrid.

MATILDE. ¿La Virgen me asista!

CARLOS. ¿Qué teneis?

MATILDE. Ahora recuerdo que mi tia siempre que vá á Burgos duerme en Aranda.

CARLOS. ¿Estais segura?

MATILDE. Segurísima: en la posada del Leon de Oro. Me parece que os lo escribi...

CARLOS. Es verdad.

MATILDE. ¿Con que nos hallamos en este momento en el mismo camino que ella?

CARLOS. Este es el camino de Francia, no tengo duda.

MATILDE. (Con impaciencia.) Pero tambien es el de Burgos.

CARLOS. ¿Y tengo yo la culpa de que no haya mas que un camino para Francia? —¿Postillon, hay otros caminos para Francia?

POSTILLON. Si señor; por Valladolid y por Zaragoza.

MATILDE. ¿Veis?

CARLOS. ¿Y sabia yo eso por ventura?

MATILDE. Un hombre debe saberlo.

CARLOS. Vos que salís ahora del colegio, está bien que lo sepais; pero yo que en mi vida las he visto mas gordas; quiera Dios que no me pierda en el camino del Canal ó de la venta de el Espiritu Santo. Pero no tembleis así, tranquilizaos...

MATILDE. ¡Que me tranquilice cuando el coche de mi tia puede encontrar al nuestro, y reconocirme y verme con vos!... Moriria de vergüenza.

CARLOS. Es imposible que nos alcance porque hemos salido de Madrid primero.

MATILDE. Pero ¿y si nos alcanza?

CARLOS. Entonces la dejamos pasar delante; os ocultas en el rincon de la silla, os tapais con el velo y con la capa y ¿quién ha de conoceros?... ¿Quién se atreveria á venir á ver el coche estando yo en él?

MATILDE. ¿Es fuerza que me tranquilice?

CARLOS. Sin duda.

MATILDE. No deseo otra cosa porque esta idea me hace temblar.

POSTILLON. (Sonando el látigo). Ya estamos en la parada... ¡Eh!... Postillon... dos caballos.

(Mudan los caballos y la silla parte...)

MATILDE. Postillon, ¿qué pueblo es ese que se vé á la izquierda?

POSTILLON. Es la Cabrera, señorita.

MATILDE. Por aquí debe de haber un convento.

POSTILLON. Si señora; ¿vé vd. esa casa blanca ahí entre las piedras?... pues ese es. Aquella piedra larga y seguida que parece una torre es el pico de la Miel y mas adelante hay otros picos que llaman el Ancho de la cruz.

CARLOS. A propósito, ¿habeis visto el baile la Encantadora? Me he acordado por la cruz, porque en el baile hay tambien no sé qué cosa de cruces.

MATILDE. Lo vi una noche con mi tia.

CARLOS. Como me gusta la Encantadora; es decir, la que representa el papel en el baile...

MATILDE. ¡Caballero!

CARLOS. ¿Qué mal hay en eso? ¿No gustábais vos de Ernesto de Waldemar?... Esto por lo menos es positivo.

MATILDE. ¿Qué diferencia!

CARLOS. Toda en vuestro favor, bien lo sé, porque encantais con vuestros divinos ojos, con esta linda mano y ese cuerpo...

MATILDE. ¡Caballero! ¿Habeis creído?...

CARLOS. ¿Por qué rechazar al amante mas tierno y respetuoso?... ¿No sois mia, mia para siempre?...

MATILDE. Aun no, retiraos... No os arrimeis tanto á mí. Me habeis prometido llevarme á Francia donde debemos unirnos ¿habeis olvidado vuestros juramentos?

CARLOS. No por cierto; pero ¿por qué tratarme ahora con tanto rigor? Dejadme que os abrace...

MATILDE. ¡Jamás! Cuando me hablais así, me dais miedo.

CARLOS. Bien; dejadme al menos esta mano que la estreche sobre mi corazón...

MATILDE. (Retirándola con fuerza.) No es eso por cierto lo que yo esperaba de vos, y si al instante no cambiais de tono y de maneras, me parece que os aborreceré.

CARLOS. Perdonad; es imposible conservar la razon al lado de una persona que se ama, como yo os amo; sirvame el amor de disculpa. Matilde, ¿me quereis aun?

MATILDE. No sé, pero permaneced lejos de mí..... al otro lado de la silla.

CARLOS. ¡No me perdonais!

MATILDE. Eso depende de vos, verémos.

CARLOS. ¡Cómo! mi amor y mi ternura...

MATILDE. No quiero oír semejantes palabras.

CARLOS. ¿Y de qué os he de hablar?

MATILDE. (Con impaciencia) De lo que querais, de cualquiera cosa.... ¿No sabeis ser amable sin hablar de amores?

CARLOS. Creo que sí.

MATILDE. Pues sedlo.

CARLOS. Sedlo.... sedlo.... para hablar se necesita un objeto.

MATILDE. (Con frialdad.) Todos los teneis á vuestra

disposicion. (*Un gran rato de silencio durante el cual pasan la parada de Lozoyuela.*) ¿Y bien, caballero?

CARLOS. Y bien, señora, yo no sé lo que quereis y si he de decir la verdad no me ocurre gran cosa que decir cuando corro la posta... Afortunadamente ya distingo las torres de Buitrago.

POSTILLON. ¿Páro en la fonda, ó en la casa de posta? CARLOS. En la fonda. (*A Matilde*) ¿No es verdad?

MATILDE. ¿Y pensais deteneros aqui cuando mi tia nos sigue los pasos y en una hora podemos perder la ventaja que le llevamos?

CARLOS. Es preciso almorzar porque no comer ni dormir es el mejor medio de ponerse malos.

MATILDE. (*Con sequedad.*) Poco me importa.

CARLOS. Lo digo por vos.

MATILDE. Me es igual; no necesito nada.

CARLOS. Eso es una fortuna, pero yo que no la tengo....

MATILDE. Almorzais andando.

CARLOS. Como gustéis. (*Aparte*) No deja de ser divertido; catorce leguas sin salir del coche (*alto*) —Postillon, he cambiado de idea; á la casa de posta.

POSTILLON. Esta bien, señor.

CARLOS. Diga V. que me saquen cualquiera cosa para tomar un bocado.

POSTILLON. (*Presentándole un poco de bacalao frito, pan y un vaso de vino.*) No hay mas que esto á no esperar que se disponga.

CARLOS. Venga; ¡admirable desayuno! Yo que todos los dias tomo frito de criadillas y chuletas á la papillot.

MATILDE. (*Con ironia.*) Vaya una calamidad!...

CARLOS. No, pero estoy acostumbrado y siempre es penoso salir de regla. (*Con impaciencia al postillon que se aproxima con el sombrero en la mano.*) ¿Qué ocurre?

POSTILLON. Las agujetas, y si el señor quiere dar alguna...

CARLOS. Toma lo justo y no pidas mas.

POSTILLON. Me habian dicho que el señor daba propina.

CARLOS. Si, cuando estoy contento.

POSTILLON. Me parece que debe de estarlo.

CARLOS. ¡Con este desayuno!.. (*Al otro postillon.*) ¡Arrea tú vivo!

POSTILLON. 1.º Señor!...

CARLOS. (*Con cólera*) Todavía!...

MATILDE. Dadle aunque no sea mas que una peseta; ¡pobrecillo!...

CARLOS. No es por el dinero; pero si uno se deja dar la ley por estas geñes. (*Al segundo postillon que ya ha montado.*) En camino y de prisa.

POSTILLON 1.º (*Gritando.*) Ves como quieras, chico, no mates el gano por servir á un hortera que roba á una bailarina.

CARLOS. (*Sacando la cabeza por la portezuela*) ¿Qué dice ese bribon?

MATILDE. (*Sofocada.*) ¿Veis á lo que me habeis es-

puesto con vuestras economias?

CARLOS. ¡Postillon! para, que voy á dar una leccion á tu compañero.

MATILDE. Es inútil que perdamos tiempo en eso.

CARLOS. La culpa tengo yo de haber sido genoroso con ellos; en lo sucesivo, no pagaré ni un ochavo mas de lo justo.

MATILDE. Para que nos injurien de nuevo. (*Momento de silencio. Matilde se recuesta y se queda dormida.*)

CARLOS. (*Aparte.*) Me alegro; con esto me ahorro de hablar. (*Mirándola dormida.*) ¡Qué linda es!... encantadora figura, aire distinguido y una cabeza romántica.... Deliciosa criatura!.... Algo voluble; pero no es culpa suya; ¡las educan tan mal en esos colegios!... Afortunada-

mente no tiene mas que diez y seis años y cuando sea mi muger yo la enseñaré á mi modo, porque si tiene defectos, tambien tiene cualidades poco comunes; veinte y cinco mil duros de dote, hija única y un padre viejo y poderoso!.... Ello me ha costado un año de hacer el cadete; pero se puede dar por bien empleado; son tan raras las muchachas con dote en estos calamitosos tiempos.. y como en la vida la ocasion de hacer fortuna no se presenta mas que una vez... si no se atrapa... (*cerrando los ojos.*) No porque yo sea disipador; tengo al dlnero una aficion desinteresada y lo aprecio únicamente por lo que vale. Sin embargo, en tomando el dote es preciso lucirlo; una comida por semana á los amigos del Casino, palco en los teatros, un par de caballos y un tilbury... ¿qué menos?...

(Se duerme; la silla corre sin parar hasta Somosierra, donde Carlos se despierta para pagar el postillon que murmura porque no le dan propina.)

MATILDE. (*Entresueños.*) —¿Qué es eso? ¿qué ocurre?

CARLOS. Nada, querida amiga, dormid que yo os despertaré cuando haya alguna cosa notable, algun punto de vista bueno. (*Aparte.*) —Ya vá siendo tiempo de que lleguemos, porque estoy reventado. —Postillon! ¿Cuanto estamos de Madrid?

POSTILLON. Unas 17 leguas.

CARLOS. ¿Nada mas?

POSTILLON. Ahora iremos mas de prisa porque vamos á bajar el puerto. Desde el alto verá vd. qué hermosa vista se presenta.

CARLOS. Bien, bien, arrea y no te pares.

MATILDE. (*Soñando.*) ¡Padre mio! ¿Me perdonareis?

CARLOS. Pues, soñando con su familia.

MATILDE. ¡Padre! tia!.. (*Despertando*) — ¿Dónde estoy?

CARLOS. A mi lado, querida mia.

MATILDE. Ah! ¿sois vos?..

CARLOS. Si, vamos á bajar el puerto.

MATILDE. ¡El puerto de Somosierra! ¿Qué hermoso paisaje! Aqui se dividen las Castillas y entramos en la provincia de Segovia. (*Dirigiendo á todos lados la vista con entusiasmo.*) Mirad, esa casa es el portazgo y aquella otra una ermita.

CARLOS. ¿Y ese rio que se vé á lo lejos?

MATILDE. Hay dos; el Serrano y el Cerezo; ambos poco caudalosos van á engruesar las aguas del Duero que se encuentra mas adelante.

CARLOS. ¡Tres rios! es demasiado; y habrá provincias que no tenga ni uno. Pero veo que conoceis este pais perfectamente; ¿habeis venido por aquí antes de ahora?

MATILDE. ¿Es menester viajar por un pais para conocerlo? ¿Para qué sirve el estudio de la geografia?

CARLOS. Es que yo no estoy enterado..... (*aparte*) ¿Qué fastidio de viajar con una muchacha mari-sabidilla!

MATILDE. (*aparte.*) No deja de ser divertido ir en un coche con un hombre que no sabe nada, ni siente nada.

(Los dos guardan silencio. Carlos parece que medita pero no piensa en nada y se pone á silbar un aria de la Norma. Matilde contemplando el pais, hace algunos apuntes en un libro de memorias. Asi pasan las postas de Castillejo y Fresnillo de la Fuente y llegan á Orrubia.)

CARLOS. (*Bajándose de la silla.*) ¡Gracias á Dios! Crei que no llegábamos nunca á esta parada. (*A un postillon que está sentado en un banco delante de la puerta*) ¿No nos ves llegar? ¡Vivo! los caballos.

POSTILLON. No los hay.

CARLOS. ¡Cómo! ¿No hay caballos?

POSTILLON. Acaba de pasar un correo inglés y se ha llevado los que había.

CARLOS. Tú me engañas.

UN JÓVEN. (Con un capote, una boina y un cigarro en la boca.) Le ha dicho á vd. la verdad, caballero; no hay caballos, pero vienen al instante.

CARLOS. ¿Cree vd. que soy tonto? Caballos hay y la prueba es que los estoy viendo.

POSTILLON. Son los dos de la Mala y estos no se pueden dar á nadie.

CARLOS. Sean para quien quiera, yo te mando que los enganches al momento.

EL JÓVEN. Es imposible.

POSTILLON. Primero engancharía á vd.

CARLOS. ¡Tunante!... Tú me insultas.

MATILDE. (desde la silla.) Por piedad, Carlos; calmaos.

EL JÓVEN. Antonio, has hecho muy mal en injuriar á este caballero; ya sabes que debes respetar á todo el mundo.

CARLOS. (Amenazando.) Esta canalla parece que se quiere subir á las barbas; yo le enseñaré política á todos....

EL JOVEN. A todos no, caballero. No levante vd. tanto la voz, y si á pesar de mis excusas no está vd. satisfecho....

CARLOS. Ciertamente que no; y si hubiese aquí alguno con quien poder entenderse....

EL JOVEN. (siempre con calma.) Yo no soy mas que el hijo del maestro de posta; pero soy oficial de los del convenio.... y estoy acostumbrado á ver enemigos mas terribles que vd....

CARLOS. (con aire mas cortés.) No digo lo contrario... y á no ser por la persona que acompaño y porque no puedo retrasar el viage.

EL JOVEN. (con indiferencia.) Como vd. guste.

CARLOS. (Aproximándose al coche.) Si no fuera por vos.... pero estando vuestra tia tan cerca seria una imprudencia....

MATILDE. (con ironía.) Teneis razon y os agradezco el sacrificio; pero es inútil porque están ahí ya los caballos.

EL JÓVEN. Ya ve vd., caballero, que no lo habíamos engañado.

CARLOS. Basta; reconozco la lealtad de su proceder de vd. y entre personas de honor... ¡Postillon! engancha.

POSTILLON. Al momento.

CARLOS. (Después de haber montado y saludando al jóven.) A la órden de vd.; tendré mucho gusto en que volvamos á vernos.

EL JOVEN. Igualmente.

TODOS LOS POSTILLONES. ¡Buen viage!!! (dan una carcajada y la silla echa á andar.)

CARLOS. (algo turbado.) Hemos perdido un tiempo precioso, porque faltan aun tres leguas para Aranda y empieza á anochecer.

MATILDE. No importa; se puede viajar de noche.

CARLOS. No lo permitiré yo ciertamente; debeis estar rendida y yo tambien.

MATILDE. ¿Es decir que pensais deteneros en Aranda?

CARLOS. Sin duda.

MATILDE. ¡Y mi tia!

CARLOS. Vuestra tia es una persona racional y no puede menos de conocer que despues de andar treinta leguas en posta se necesita una buena comida y una buena cama.

MATILDE. ¿Y si nos encuentra?

CARLOS. No lo temo. ¿No sabemos ya que para en la posada del Leon de Oro?... pues bien, nos vamos á otra. ¿No ha de haber mas que ese parador en el pueblo? —Postillon, ¿qué posadas hay en Aranda ademas dela del Leon de Oro?

POSTILLON. Hay dos muy buenas; la de la Soledad y la del Escudo.

CARLOS. Apostaria que son mejores que la del Leon.

—Muchacho! en el Escudo nos apcaremos.

MATILDE. (suplicándole con lágrimas en los ojos.)

—¡Por Dios, no me comprometais de esta manera!

CARLOS. Es inútil que os censeis: yo soy vuestro caballero.... vuestro protector y debo velar por vos á despecho vuestro... Yo estoy molido y vos debeis estarlo tambien... No habeis tomado nada en todo el dia, vuestra mano abrasa y hasta me parece que teneis calentura.

MATILDE. (con desesperacion.) Creo que sí; pero yo lo he querido.... mi suerte está decidida... aun cuando debiera morir, lo prefiero á esponerme á las reconvencciones de mi tia.

CARLOS. ¡Pues, las exageraciones de costumbre! no hay medio de que escuchéis razones... En primer lugar que yo no veo ese peligro de encontrarla; pero poniéndonos en lo peor y suponiendo que encontramos á vuestra tia y á vuestro mismo padre ¿qué importa eso en el estremo á que las cosas han llegado? Nada en el mundo puede impedir ya el que hayais salido esta mañana de Madrid, sola conmigo en una silla de posta... y por el honor de la familia... por vuestra reputacion, el resultado no puede ser otro que un casamiento.

MATILDE. (Aparte con dolor.) ¡Tiene razon!

CARLOS. ¡Llorais!... eso no es contestar; (aparte) ¡Cuidado si son melindrosas estas chiquillas! (alto) ¿Volveis la cabeza á otro lado? ¿No quereis verme ni hablarme?

MATILDE. (Con voz ahogada.) No, no; dejadme.

CARLOS. Como gustéis; así como así ya estamos en Aranda. Parece grande la poblacion á juzgar por lo poco que se distingue. Las nueve de la noche, y no se vé una luz encendida. Estas gentes de provincia se acuestan á la hora que nos levantamos en Madrid.—¡Matilde! Matilde!—No responde; ¿si se habrá puesto mala? No lo estrañaria; aunque no fuese mas que el camino y la necesidad... ¡treinta leguas sin tomar alimento!

POSTILLON. (Parando delante de una puerta y sonando el látigo.) Ehl la puerta!...

(La puerta se abre y la silla entra en el patio; la posadera y los criados rodean el coche, Carlos coge en sus brazos á Matilde medio desmayada tapándole la cara con el velo.)

POSADERA. La señora parece que está enferma.

CARLOS. Si, mi muger se halla indispueta.... Un cuarto.

POSADERA. ¿Con dos camas?

CARLOS. Es claro... y buena lumbre.

POSADERA. (Gritando.) ¡Catalina!... el número 2.

CATALINA. Bien, señora, (alumbrando.) Por aqui, caballero....

(Un cuarto con dos catres. Una mesa y algunos taburetes de madera; otras sillas ordinarias; una cofaina y un jarro de Talavera; cortinas de eston, una estampa de la Virgen pegada en la pared, un espejo chico con marco ordinario y un reloj de pared que no anda.)

CARLOS. (Poniendo á Matilde en un taburete.) No es nada; ya se le pasa. Que sirvan aqui la cena.

CATALINA. Está bien.

CARLOS. ¿Qué nos darán?

CATALINA. Eso es cosa del ama; si quiere vd. bajar á informarse á la cocina, allí mismo puede escojer...

CARLOS. Me parece un consejo muy prudente. Voy á pedir la cena mientras dispones las camas. (Tomando la mano á Matilde.) Vamos, Matilde, tranquilizaos y no temais nada: estamos al abrigo de todo peligro. (A Catalina.) ¿Es por aqui?

CATALINA. Si señor... la puerta de la izquierda. (Se vá Carlos). La señora parece que sufre mucho. ¿Quiere vd. que le den alguna cosa? ¿No me oye la señora?

MATILDE. Si, buena muger... si: muchas gracias.

CATALINA. Voy á buscar las mantas; en acostándose se sentirá vd. mejor.

MATILDE. (Queda sola y vá saliendo poco á poco de su estado de estupor). ¿Dónde estoy?... Sola en fin! Ah!... respiro... ¿Qué es lo que á mi me pasa?... Si es un sueño, es espantoso... (mirando al rededor). No, es demasiado cierto... soy suya, suya para siempre!... Oh! no, eso no es posible; la razon me abandona; este no es el hombre que yo amaba, el que mi imaginacion se habia formado... Qué diferencia, Dios mio!... Horrible realidad!... ¿Y á quién debo de acusar?... á mí, á mi sola. Soy muy culpable, pero tambien soy muy desgraciada. Insensata!... no he escuchado mas que mis ideas novelescas y he despreciado los consejos de la razon; merezco bien el castigo... Pero ser suya!... perdenecerle!... Ah! el castigo es mayor que la falta... y sin embargo ¿cómo escapar de su poder? Mi honor, mi reputacion se hallan en sus manos. Dios de bondad! ¿quién vendrá en mi auxilio? (dando un grito y juntando las manos). Ah!... mi tia, mi tia que me ama; sin duda para salvarme, la conduce el cielo por el mismo camino. (Sacando la cartera y escribiendo). Todo lo sabrá.

(Catalina entra con la ropa de la cama, sin que Matilde que continúa escribiendo repare en ella).

CATALINA. ¿Manda vd. algo, señorita?

MATILDE. No, ¿qué hace vd. ahí?... yo no he llamado.

CATALINA. Es verdad; pero he venido á arreglar su cama de vd. y la de su marido.

MATILDE. (Suspirando). Ah!

CATALINA. Está vd. temblando como una azogada.

MATILDE. (Turbada). Temblando!... no por cierto... Diga vd... ¿conoce vd. la posada del Leon de Oro?

CATALINA. Ya lo creo, como que está sirviendo en ella una prima mia.

MATILDE. ¿Esta muy lejos?

CATALINA. No señora; aqui en esta misma calle; cuatro puertas mas abajo.

MATILDE. Bien (aparte mirando á Catalina). ¿La enviaré con ella? No; no quiero permanecer ni un momento mas: yo llevaré la carta y si rehusa verme: (con confianza) no puede ser; mi tia!... la hermana de mi padre!... mi única madre!... Me recibirá con los brazos abiertos, estoy segura.

CATALINA. ¿Qué tiene vd. señorita? está vd. muy agitada.

MATILDE. Necesito tomar el aire.

CATALINA. Si vd. quiere, tenemos un pequeño jardin, y como hace luna... Venga vd. la enseñaré...

MATILDE. Es inútil, yo lo buscaré; quédese vd. para arreglar la cena y las camas; eso es lo esencial (oyendo ruido). Ya sube!... Al momento vuelvo. (Se vá precipitadamente).

CATALINA. Hé aqui una señorita bien guapa; pero bien extravagante.

CARLOS. (con dos criados que suben la cena). Despacarse; poner los cubiertos... (á Catalina). ¿Y mi muger?

CATALINA. Ha salido hace un momento; dijo que volvia al instante, que iba á tomar el aire.

CARLOS. Bien; el aire le hará provecho. (Viendo entrar á un criado con una cazuela). Perfectamente; ya está aqui el conejo. Aqui sirven con una actividad admirable; no sucede así en Madrid. (Después de un momento de silencio). Me parece que tarda mi muger... ¿Se habrá perdido por los corredores?

CATALINA. No lo creo; es tan chica la casa!... Si vd. quiere la irá á buscar.

CARLOS. No será malo, porque me gusta poco esperar ¿Están las camas corrientes?

CATALINA. Faltan las almohadas; pongo una ó dos?

CARLOS. Para mí dos, para la señora no sé.

CATALINA. ¿El señor no sabe las costumbres de la señora?

CARLOS. Aun no.

CATALINA. Vamos, son recién casados.

CARLOS. (Sentándose). Lo veo y no lo creo; una buena cena, una buena cama, y una linda muchacha!... Esto es mas de lo que yo me habia prometido. (Momento de silencio). Qué diablo, como tarda; estoy muerto de hambre (paseándose). ¿Si se habrá olvidado de la cena?... Hay mucho desorden en aquella cabeza... Yo no le diré nada porque la amo; pero en siendo mi muger ya la enseñaré á que no me haga esperar. (Sentándose con impaciencia). Diga lo que quiera, yo me voy á servir. (Se echa en el plato y al mismo tiempo abren la puerta). Ola!... ¿ya ha parecido vd., señorita? (Sin mirar quien ha entrado). La cena se enfria. (Una señora de alguna edad en traje de camino se aproxima y pregunta por don Carlos de Vargas).

CARLOS. Soy yo, señora... es decir, soy y no soy, porque aqui estoy de incógnito y me admira que sepa vd. mi nombre.

LA SEÑORA. Suplico á vd. que continúe cenando.

CARLOS. Gracias! y continuo porque tengo mucha necesidad.

LA SEÑORA. Yo soy doña Luisa de Castro.

CARLOS. (Dejando caer el tenedor de la mano). Señora!... (aparte) La tia de Matilde!... Buena la hemos hecho!

DOÑA LUISA. He salido esta mañana de Madrid y hace muy pocos minutos que he llegado á Aranda; apenas habia puesto el pié en la posada cuando me han entregado esta carta, cuya letra no dudo que vd. conoce.

CARLOS. Es la de Matilde.

DOÑA LUISA. Voy á leérsela á vd.: (lee) «Aranda 6 de marzo á las 9 y media de la noche en el parador del Escudo.»

CARLOS. La fecha es bien reciente.

DOÑA LUISA. (leyendo) «Mi querida tia; mi segunda madre; salvadme; una culpables quien os escribe, una culpable que solo en vos tiene esperanza. Estraviada por los consejos de una amiga, por la lectura de novelas, por mi juventud y por mi inesperienza, he amado... No, eso es profanar esta palabra... he creído amar á un ser que mi imaginacion se habia forjado á su manera; pero he visto que cuanto en él me habia alucinado, no existia mas que en mi cabeza; no lo conocia y me ha bastado conocerlo para destruir todas las ilusiones. Un solo dia á su lado ha sido suficiente para convertir en odio el amor que le tenia. Antes morir que ser suya.»

CARLOS. Basta señora...

DOÑA LUISA. Lo mismo he hecho yo; sin acabar esta carta he corrido en busca de mi sobrina que aguardaba su sentencia; queria echarse á mis pies y yo la he recibido en mis brazos. Todo lo sé, vuestras relaciones, vuestro viage... nada ignoro.

CARLOS. Señora...

DOÑA LUISA. (con severidad). Omito decir á vd. lo que opino de su conducta: á Matilde puede perdonarse por su juventud, por su inesperienza, pero á vd. caballero que ha tratado de seducir y robar á una jóven de diez y seis años abusando de su candor y solo para apoderarse de su dote, para vd. no hay perdon: vd. no ha tenido en cuenta las consecuencias de semejante paso ni la enormidad del delito, que en último estremo la justicia no dejaría impune.

CARLOS. Tendría vd. valor!

DOÑA LUISA. Lejos de mi semejante idea; tal proceder es indigno de mi caracter y eso ademas seria dar un

escándalo. Escúcheme vd. con atencion. Mi hermano ha salido de Madrid persuadido de que su hija se venia conmigo. Mi sobrina salió esta mañana de casa de su padre cuando aun no era de día, en un coche, diciendo que me iba á buscar para partir en mi compañía...

CARLOS. Asi es...

DOÑA LUISA. Pues bien; hágase vd. cuenta de que asi ha sucedido y que hoy no ha visto vd. á mi sobrina.

CARLOS. No entiendo lo que quiere vd. decir.

DOÑA LUISA. Quiero decir, que nadie en el mundo mas que vd. y Matilde saben lo que entre ambos ha pasado, y si llega á traspasar una palabra será por boca de vd., pero sepa vd. que en este caso tengo dos hijos militares para quienes la reputacion de la familia es mas sagrada que para mí misma y sabrán defender el honor de su prima si alguno se atreve á mancillarlo.

CARLOS. (*Turbado*). Señora, vd. me conoce mal y puede estar segura que mi honor y delicadeza son suficientes garantías de mi silencio.

DOÑA LUISA. Asi lo creo; ahora deme vd. la única carta que tiene de mi sobrina.

CARLOS. Tome vd. y me considero feliz dándole esta prueba de mi sinceridad.

DOÑA LUISA. Está bien, me vuelvo con mi sobrina (*con intencion*), que no se ha separado de mí; entiende vd? Con ella llegaré á Burgos donde los buenos consejos y la leccion de hoy la corregirán de sus defectos, hijos de la poca edad, porque tiene nobleza de sentimientos y bondad de corazon con cuyas cualidades todo se consigue.

UN CRIADO. Aqui están las perdices.

DOÑA LUISA. (*sonriendo*) Dejo á vd. con ellas y me vuelvo á mi posada. Siento haber interrumpido la cena. Beso á vd. la mano. (*Se vá*).

CARLOS. (*Solo tirando con colera la servilleta*). Hábrase visto aventura igual? Tenia miedo de que hablase! Buen papel haria yo si les contára á mis amigos lo ocurrido! Poquito se burlarian!.. Treinta leguas en posta con una muchacha divina, la cena en mesa, las camisas dispuestas y todo para qué?... Para sacar en limpio unas agujetas de quince dias y dos mil reales que me cuesta el viage. No ha sido mala leccion!... Bien dice el refran...

Mejor es tener, que correr.

M.***

FANTASIAS LITERARIAS.

M DE WODENBLOCK.

HISTORIA MARAVILLOSA.

Todos los que hayan visitado la ciudad de Rotterdam, no pueden menos de acordarse de una casa que habrán visto, situada en medio del barrio que atraviesa el canal que conduce á la Haya y Leida, cuya casa le habrán enseñado como la morada de uno de los obreros mas hábiles que ha producido la Holanda. La industria de este obrero consistia en fabricar instrumentos de cirugía escediendo á otro alguno en conocimientos de mecánica. Nadie mejor que él sabia reparar las injurias de la edad ó las deformidades de la naturaleza; si alguno tenia las espaldas desiguales, su habilidad las nivelaba al instante; pero la reputacion de que maese Tumingvort gozaba en toda Holanda, provenia particularmente del arte maravilloso con que fabricaba piernas de madera ó de corcho, y ciertamente los miembros artificiales salian de su mano con tal gracia, finura y delicadeza, que viéndolos casi daba gana de preferirlos á un pié lleno de callos y durezas ó á una pierna atormentada por la gota.

Una mañana que maese Tumingvort acababa de terminar un par de pantorrillas para una bailarina, vió entrar en su taller á un criado que le suplicó fuese al instante á casa de su amo, M. de Wodenblock, uno de los banqueros mas opulentos de Rotterdam. Tumingvort se puso al momento la mejor de sus pelucas, se caló el sombrero tricornio, cogió su caña y se dirigió á casa del negociante.

M. de Wodenblock habia adquirido su fortuna por si mismo, y como nada en el mundo apreciaba tanto como su robusta persona, no entendia de partir con nadie el fruto de sus largos trabajos. Algunos dias antes de la visita de maese Tumingvort, uno de sus sobrinos habia llevado el atrevimiento y la insolencia hasta el estremo de pedirle algun socorro; rara vez M. de Wodenblock trataba con ceremonia á los parientes á quienes no habia fa-

vorecido la fortuna, asi es que echó al sobrino á la calle con bastante dureza. Desgraciadamente para él al quererle dar un punta-pie para obligarlo á bajar mas vivo los peldaños de la escalera, perdió terreno y la rodó toda hasta el mismo portal. Aturdido con la caída se creyó muerto en el primer momento; pero vuelto en si halló que el destrozo estaba limitado á la fractura de la pierna derecha y tres de los mejores dientes.

Su primera idea fué perseguir al sobrino ante los tribunales, como culpable de una tentativa de asesinato premeditado sobre su persona; pero como era naturalmente caritativo y bondadoso, se contentó con hacerlo encarcelar por deudas.

Gracias al celo de un buen dentista, los tres dientes usados y carcomidos que M. de Wodenblock se habia roto al caer, fueron reemplazados por otros tres sanos y blancos, y en cuanto á la pierna rota, se confió su curacion al mas hábil cirujano, el cual despues de examinada la fractura juzgó la amputacion indispensable. Desde la edad de catorce meses, M. de Wodenblock habia contraido la costumbre de andar siempre que se le antojaba; ademas el movimiento de una silla de manos le producía el mismo efecto que un emetico, y teniendo en cuenta sin duda que la voluntad de la Providencia es que los hombres anden, como se inflere del hecho de haberles dado piernas, se determinó en fin á enviar á buscar á maese Tumingvort para encargarle una pierna artificial en reemplazo de la que tuvo desde que nació, perdida por tan fatal accidente.

El artista entró modestamente en la habitacion de M. de Wodenblock que se hallaba en la cama con la pierna izquierda estendida todo lo larga que era, y disimulando la falta de la derecha una magnífica colcha que la cubria.

«Tumingvort, le dijo, sin duda habreis oido hablar de mi accidente que tiene consternada á toda la poblacion... mas dejando esto aparte, lo que yo exijo de vos es que me fabriqueis una pierna tan buena como os sea posible. «Tumingvort se inclinó profundamente.

«El precio no importa nada, siempre que esta pierna esceda en perfeccion á cuantas habeis hecho hasta ahora.

Yo quiero una pierna de corcho, ligera y elástica, cuyos resortes nada tengan que envidiar á los mejores relojes de Génova: como no entiendo nada de vuestro arte no puedo explicarme de una manera mas exacta, pero lo que deseo es una pierna tan buena al menos como la que he perdido; poned manos á la obra y en estando concluida mi cajero os entregará la suma que le pidaís.»

Tumingvort se inclinó de nuevo, asegurando á M. de Wodenblock que su deseo de agradarle le obligaba mas que todas las promesas del mundo, y se despidió ofreciéndole para dentro de seis dias una pierna que dejase atrás á las mas perfectas y mas ágiles con que la naturaleza hubiese dotado jamás á ser viviente.

De parte de maese Tumingvort, este compromiso no era una vanajactancia, porque á la habilidad material que exigia su arte, el mecánico holandés reunia un alto y profundo conocimiento de las leyes de la estática y de la dinámica. Desde mucho tiempo trabajaba por descubrir un secreto que habia sido ya objeto de esquisitas pesquisas de los mas poderosos genios; este secreto creia haberlo descubierto la mañana del mismo dia en que fué llamado por M. de Wodenblock. Asi como todos los que se han ocupado en la fabricacion de piernas artificiales, no ignoraba que para conseguir su perfeccion, la mayor dificultad que habia que vencer, era la de hacer entrar en la composicion de una pierna de palo ó de corcho, resortes representando las articulaciones naturales que pudiesen reemplazar convenientemente el admirable mecanismo de la rodilla y del tobillo y obedecer á la voluntad. Tumingvort imaginaba haber hallado los medios de vencer esta dificultad, y resolvió aplicar su maravilloso descubrimiento á la pierna destinada á M. de Wodenblock.

En la noche del sexto dia, Tumingvort se presentó en casa del negociante que le aguardaba con impaciencia, llevando bajo del brazo la pierna perfectamente liada y empaquetada. En el momento de desenvolverla una sonrisa de orgullo se dejó ver en el rostro del artista que ocupó una porcion de horas en explicar á M. de Wodenblock las mejoras que habia introducido en el mecanismo interior; el negociante encantado invitó al artífice á que pasase en su compañía el resto de la noche, á lo que accedió Tumingvort con tanto mas gusto cuanto que deseaba asistir á la mañana siguiente al ensayo que iba á hacerse de la pierna maravillosa, y asegurarse por sí de la manera como esta llenaba sus importantes funciones.

En efecto, al otro dia, concluidas las disposiciones preliminares, M. de Wodenblock salió de su casa y echó á andar por la calle admirado de sí mismo y dando mil y mil gracias al obrero que le habia fabricado tan perfecta pierna; no era menos la admiracion de todos los que lo veían al observar la marcha regular del negociante y la manera como los resortes artificiales de su pierna reemplazaban á los músculos y los nervios naturales. Nadie podia creerlo aun despues de estarlo viendo, y sin el ruido que hacian las ruedas de la máquina, el mismo M. de Wodenblock hubiera olvidado que su persona fisica no estaba tan completa como el dia en que tuvo la desgraciada ocurrencia de despedir con el pie al buenodel sobrino.

En el arrebató de su alegría, continuó marchando hasta la casa de ayuntamiento; allí vió al pié de la escalera á uno de sus amigos M. Vanontern y aceleró el paso para saludarlo; los dos, aunque distantes aun el uno del otro se alargaban ya amistosamente la mano; pero no fué poca la sorpresa de Vanontern al ver pasar al negociante aceleradamente y sin detenerse para preguntarle por la salud. Como hasta entonces el impulso que la pierna recibia de los resortes le habian guiado por el mismo camino que M. de Wodenblock queria seguir, este no habia podido notar que estaba dominado por una fuerza mecánica mas poderosa que él, pero cuando quiso mandar esta fuerza, la encontró rebelde. Bien hubiera querido detenerse para hablar con M. Vanontern pero como la

maldiva pierna no suspendió su marcha, se vió obligado á seguirla. En vano intentaba pararse agarrándose á las balastradas, á las paredes y á las rejas de las casas; la pierna le tiraba con tal violencia que por no dislocarse los brazos el infortunado Wodenblock se veia obligado á dejarse conducir.

Despues de haber recorrido como un loco todas las calles de Rotterdam, llegó á la orilla del canal de Leida y en cuanto vió la casa del mecánico empezó á gritar con todas sus fuerzas. Tumingvort se asomó á la ventana lleno de espanto: «¡Miserable, gritó el negociante, baja aquí al momento!... Tú me has engañado; esta pierna no puede detenerse ni un momento. Desde que he salido de mi casa no ha cesado de arrastrarme contra mi voluntad, y Dios sabe donde me vá á conducir. Baja pronto y librame de este suplicio; si tardas estaré ya muy lejos y no me podrás alcanzar.»

Tumingvort, bajó precipitadamente pálido y tuera de sí; porque estaba muy lejos de haber previsto el efecto del mecanismo de la pierna. Sin perder un minuto corrió detrás de M. de Wodenblock con objeto de arrancarlo de la cruel situacion en que se hallaba; sin embargo, éste ó mas bien su pierna continuaba andando sin parar. Tumingvort era viejo y le costó mucho trabajo ganar terreno para atajar al comerciante; por último pudo agarrarlo y lo levantó como Hércules al gigante Anteo, pero este medio fué ineficaz porque aumentándose el movimiento de la pierna le obligó á él mismo á andar cincuenta pasos en menos de un minuto. Entonces puso á M. de Wodenblock bajo sus pies empleando toda su fuerza para arrancar el resorte principal del movimiento; pero en el acto de tocarlo el pobre Wodenblock se escapó de las manos y fué despedido con la velocidad del rayo, atropellando en su impetuosa carrera á dos robustos ingleses y cinco vendedores de pescado. En vano gritaba pidiendo socorro con espantosos lamentos; nadie le podia detener.

«¡Soy perdido! decía, soy perdido; ¡detenedme por el amor de Dios detenedme que no puedo mas! ¿No habrá una alma caritativa que quiera romper esta maldita pierna? ¡Tumingvort! ¡Tumingvort!... tú me has asesinado.»

Tumingvort estaba sumido en la mayor consternacion y no comprendia nada de lo que habia hecho, ó mas bien habia hecho mas de lo que habia querido hacer. De rodillas con las dos manos juntas fuertemente y los ojos desencajados, veia almas gordo comerciante de Rotterdam, el hombre mas grave de toda Holanda, corriendo ahora como un toro enfurecido, á lo largo del canal de Leida y dando gritos de desesperacion, á pesar de la fatiga de tan veloz carrera, de la enormidad de su peso.

Mas de veinte millas hay desde Rotterdam á Leida y estaba el sol aun sobre el horizonte, cuando la señorita Backschneider y su hermano que se hallaban junto á la ventana del salón, frente á la fonda del *Leon de Oro*, tomando tranquilamente el té, vieron pasar por la calle un hombre que corria como un desesperado. La palidez de la muerte se hallaba pintada en el rostro de este hombre; su boca se abria con extrañas contorsiones como si quisiera articular algunas palabras ó tomar aliento y sin volverse á derecha ni á izquierda iba adelante con tal velocidad que habia ya desaparecido antes que la familia Backschneider hubiese tenido tiempo ni aun para esclamalar.

«¡Dios mio! ¿no es M. de Wodenblock, el rico comerciante de Rotterdam el que acaba de pasar? ¿Dónde vá de esa manera? Imposible que no le suceda alguna cosa extraordinaria.»

Al siguiente dia, que era domingo, los habitantes de Harlem vestidos de limpio se dirigian á oír misa á la iglesia, cuando vieron una figura humana atravesar como una flecha la plaza del mercado, tenia el rostro blanco, verde, encarnado, de todos los colores y los labios cárdenos,

los dientes descarnados y las manos agarrotadas. Muda de horror la gente, le abrió paso y no hubo cristiano en Harlem que no creyese que era un cuerpo sin vida que por efecto de un poder sobrenatural conservaba todavía la facultad de correr.

Siempre sometido á una fuerza irresistible, este ser espantoso apareció sucesivamente en todos los pueblos, ciudades y bosques de Alemania. Semanas, meses, años pasaron y continuó mostrándose de tiempo en tiempo en distintos puntos de la parte septentrional de Europa. Poco á poco la ropa que le cubría se deshizo, la carne se consumió y no quedó mas que un esqueleto disecado. Solo la pierna de corcho conservó su forma y su movimiento y desde entonces no ha cesado de arrastrar

en su rápida carrera el esqueleto hediondo á que está unida.

Tumíngvort había hallado el secreto del movimiento perpétuo y los resortes de la pierna maravillosa no se detendrán jamás.

NOTA. Los redactores del *Museo de las familias* saben de buena tinta que la pierna de corcho se ha detenido al fin. Se- mejante á Bertran de *Roberto el Diablo* y á todos los marcados con el sello de una eterna fatalidad, incluso el Judío errante, nuestra pierna ha tratado de buscar, y ha hallado por último, á quien endosar el anatema de que se hallaba cargada. La pierna de corcho ha comunicado el movimiento perpétuo á la imprenta, que de resultas ha empezado á correr y Dios sabe donde irá á parar.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista de la ciudad y castillo de Werdenberg.